

MONS. DE SEGUR

LOS FRANCMASONES

LO QUE SON, LO QUE HACEN
LO QUE QUIEREN

CUARTA EDICIÓN



BARCELONA

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, S. A.

1933



Al ocuparme de la Francmasonería, mi único intento es demostrar los peligros que encierra desde el punto de vista moral y religioso, dejando a un lado el político, y hasta el social.

Ante la terrible y creciente propaganda que cubre como con una red inmensa, no solamente la Europa, sino el mundo entero, es necesario por parte de los buenos vigilar y estar siempre preparados para el combate. Apenas hay diócesis en que no estén organizados los francmasones, y según datos estadísticos, pasan de *ocho millones* distribuidos en *cinco mil* logias sin contar las traslogias (1).

El medio mejor para preservar de la Francmasonería a todo hombre de bien es hacerle conocer tan funesta asociación.

La Francmasonería busca ante todo el silencio y la sombra; y su primer cuidado, al verse atacada,

(1) NOTA DE LA PRESENTE EDICIÓN 1933.

Debe considerarse, al encontrar datos estadísticos, la fecha en que fué escrito el presente folleto.

Los editores no se han creído autorizados para modificar estos datos, que el buen sentido del lector sabrá interpretar equitativamente.

es callarse y hacer el muerto. Tal es su divisa invariable en muchas partes. Así, pues, hablemos nosotros, y gritemos al lobo sin cansarnos. ¿No sería una obra buena la de dar a conocer este librito y esparcirlo lo más que se pueda? Lo ofrezco especialmente a los sacerdotes y a los buenos católicos, celosos por la santa causa de la Iglesia y la conservación de la fe. ¡Ojalá pueda ayudarles a preservar del fuego muchas de tantas mariposas que revolotean en torno de la llama, porque no saben que abrasa cuanto toca!



LOS FRANCMASONES

I

Del nombre de francmasón

En general, los nombres expresan las cosas; pero aquí sucede lo contrario. Los francmasones ni son francos, ni masones o albañiles (1). Que no son esto último, es inútil demostrarlo. Ni es menos evidente que no son *francos*, cuando su sociedad se apoya sobre secretos, sobre ceremonias misteriosas que a nadie se deben revelar so pena de muerte.

Ante los *profanos*, quieren los francmasones pasar buenamente por «una sociedad alegre y filantrópica, amiga de comer, beber, cantar y hacer bien». Ya veremos si no encubren otro objeto estas palabras. Es tan cierto que son inocentes como que son albañiles.

Si por francmasón debe entenderse *libremasón*, ya se levanta un poco el velo. *Libre*, ¿con qué libertad? *Libre*, ¿con relación a quién? *Libre*, ¿de hacer qué cosa? Pronto lo veremos; y por cierto son misterios terribles.

Al parecer este nombre extravagante de francmasones tuvo origen en Escocia. Cuando el Papa

(1) La palabra francmasón, traducida literalmente del francés (*Francs-Maçons*), significa «Francos-Albañiles».—(N. del T.)

Clemente V y el rey de Francia Felipe el Hermoso hubieron abolido muy justamente, a principios del siglo xiv, la Orden de los Templarios (1), muchos de estos infames se refugiaron en Escocia, en donde se constituyeron en sociedad secreta, jurando venganza y odio eterno e implacable al Pontificado y a la Monarquía. Para mejor encubrir sus maquinaciones, se agregaron a corporaciones de albañiles, tomaron sus insignias y su jerga, y a la sombra del Protestantismo se extendieron más tarde por toda Europa. Su organización definitiva parece que data de los primeros años del siglo xviii (2).

Para deslumbrar al vulgo pretendieron remontar su origen nada menos que al templo de Salomón, a la torre de Babel, al diluvio, hasta el paraíso terrenal; y muchos de sus adeptos fueron bastante cándidos para creer tales sandeces.

¿Qué es, pues, la Francmasonería? ¿Cómo se hace uno francmasón? ¿Qué pasa en las logias? Tras las logias conocidas ¿existen otras secretas,

(1) Los caballeros del Temple habían sido instituidos para defender la fe en Tierra Santa. Pronto se extendieron por toda Europa, y adquirieron por sus riquezas extraordinaria influencia. Uno de sus primeros Grandes Maestros se dejó seducir por los turcos, e introdujo en la Orden, al par de costumbres contra naturaleza, prácticas sacrílegas, que quedaron por mucho tiempo en un profundo secreto. Felipe el Hermoso descubrió esos horribles misterios, e instó en gran manera a Clemente V para que castigase a los Templarios y suprimiese su Orden. El objeto principal del Rey era confiscar sus bienes en provecho propio; el del Papa fué el interés de la fe, de la justicia y de las buenas costumbres. Este punto histórico está hoy del todo comprobado.

(2) Con lo dicho no pretendo afirmar que los francmasones hayan heredado las horribles costumbres de los Templarios, y sólo hago constar la relación de familia que parece existir entre unos y otros.

y-qué se hace en éstas? ¿Es acaso la Francmasonería una institución laudable, moral, religiosa, o por lo menos benéfica? ¿No es más bien esencialmente anticristiana, anticatólica? ¿Es poderosa y activa? ¿Qué se propone? ¿Es lícito alistarse bajo su bandera misteriosa?... Responderemos con brevedad a tan graves preguntas (1); pero ante todo haremos una distinción importante.

II

Que hay dos clases de francmasones

Hay la Francmasonería que saca más o menos la cara, y la Francmasonería que la esconde del todo, si bien las dos no forman más que una: «La Masonería es una; uno su punto de partida», decía el H.º. Ragón, uno de los órganos más acreditados de la secta (2)

A la primera pertenece la inmensa mayoría de los francmasones. De los ocho millones de adeptos, «apenas hay quinientos mil miembros activos», como confiesa formalmente el *Mundo Masónico* en su número de Agosto de 1866.

(1) Muchas de nuestras noticias las hemos sacado de la interesante obra de Mr. de Saint-Albin, titulada: *Les Franc-maçons et les Sociétés secrètes*. A ella pueden acudir los que quieran estudiar más a fondo esta importante materia.

(2) El H.º. Ragón escribió un libro que por disposición de la logia capitular, *Oriente de Nancy*, ha sido objeto de una «reimpresión oficial llamada *edición sagrada*, para uso exclusivo de las logias y de los francmasones.» Ese H.º. Ragón es antiguo Venerable. El Gran Oriente, al aprobar sus escritos, ha proclamado que contienen la pura doctrina masónica. Lo citaré a menudo en este opúsculo como un origen auténtico que el enemigo no puede desconocer.

Estos quinientos mil son los francmasones en activo servicio, los francmasones distinguidos; pero no son los de las logías secretas, los francmasones malvados, que saben lo que hacen, que quieren deliberadamente acabar con el Catolicismo, la Iglesia y la sociedad, y que bajo diferentes nombres componen lo que se llama sociedades secretas. Estos son los jefes de la Revolución, que quiere, como todos saben, trastornar el mundo y sustituir en la tierra «los derechos del hombre a los derechos y al reino de Dios».

Los ocho millones de hombres iniciados en la Francmasonería son en su mayor parte simples ilusos e inexpertos que casi nunca saben a dónde se les conduce. Sirven como de depósito en el que se escogen reclutas; o como vacas de cría que se ordeñan a placer; o como trompetas que pregonan por doquier las alabanzas de la Francmasonería, extienden su influencia y la atraen simpatías y... dinero.

Detrás de esta muchedumbre que bebe, canta y habla de moral, los verdaderos francmasones ocultan a maravilla todas sus tramas.

Entre los francmasones externos puede haber y hay sin duda gentes honradas según el mundo, corazones rectos y generosos que serían cristianos si conociesen la Religión, pero a quienes la ignorancia lleva extraviados por falsos caminos. Se dejan engañar por esas apariencias de fraternidad y beneficencia, y con la mayor buena fe se indignan contra la Iglesia cuando desenmascara y condena la Francmasonería.

Pero lo que más abunda entre los francmasones es la clase media sin religión; hombres bobalicones

que se dejan llevar de las narices, y a quienes tan bien husmean de lejos todos los jefes de secta, y que luego no salen de su asombro al descubrir a sus pies la profunda sima que han ahondado con sus propias manos.

A este número pertenecen también los ambiciosos, los abogados sin pleitos y sin conciencia, los falsos sabios, los revolucionarios, los ideólogos que van tras lo desconocido, los llamados filántropos; en fin, y sobre todo, los hombres de mundo que no piden otra cosa que moralizar a su manera y salvar el género humano rindiendo culto al dios-viente y encenagándolo en toda clase de placeres. Abundan también militares, judíos y taberneros; y de estos últimos, sólo en París hay unos dos mil que frecuentan las logias.

Aun concediendo que exista en las filas de la Francmasonería una que otra persona honrada, cuando hayamos penetrado en sus misterios, nos veremos obligados a confesar que tales personas, si es que las haya, muy contadas serán.

III

Secreto del reclutamiento habitual de la Francmasonería

A tal secreto puede llamársele con toda verdad secreto del diablo. Y si no, atiende, lector amigo, y juzga.

«Lo esencial (escribía uno de los jefes ocultos de la Francmasonería, por sobrenombre *Pequeño-Ti-*

gre), es aislar al hombre de su familia y hacerle perder sus costumbres. Por inclinación natural está bastante dispuesto a huir del cuidado de su casa y a correr en pos de fáciles placeres y vedados pasatiempos. Toma gusto en las interminables habladurías del café y en la ociosidad de los teatros. Arrastradle, sonsacadle, dadle una importancia cualquiera; enseñadle discretamente a fastidiarse de sus quehaceres diarios; y con este manejo, después de haberle separado de su mujer y de sus hijos, después de haberle mostrado cuán penosos son todos los deberes de su estado, inculcadle el deseo de otro género de vida. El hombre ha nacido rebelde; atizad ese espíritu de rebelión hasta que produzca incendio; pero cuidado con hacerlo estallar. Es una preparación para la grande obra que debéis comenzar.

»Cuando hayáis infundido en algunas almas la aversión a la familia y a la Religión (que casi siempre van unidas), dejad caer alguna expresión que provoque el deseo de pertenecer a la logia más cercana. Esa vanidad de entrar en la Francmasonería tiene algo de tan venal y universal, que no puedo volver de mi asombro ante la humana estupidez. Me extraña no ver al mundo entero llamar a la puerta de todos los venerables, y pedir a esos señores el honor de ser uno de los obreros escogidos para la reedificación del templo de Salomón. El prestigio de lo desconocido ejerce sobre el hombre tal poder, que temblando se prepara a las pruebas fantasmagóricas de la iniciación y del banquete fraternal.

»Ser miembro de una logia; verse llamado a guardar un secreto que nunca se os confiará, y esto

independientemente de mujer e hijos, es para ciertos hombres un placer y una ambición (1).»

¡Cuánta perversidad!

Otro francmasón, el H. V. Clavel (2), expone, aunque con menos cinismo, el mismo honrado sistema de alistamiento. He aquí sus propias palabras, y bendigamos a Dios porque esos impíos nos descubren algunas veces el secreto de su conspiración: «La Francmasonería, se dice a los que se quiere alistar, es una institución filantrópica, progresiva, cuyos miembros viven como hermanos bajo el nivel de una dulce igualdad... El francmasón es ciudadano del universo; en todas partes encuentra hermanos prontos a recibirlo, sin otra recomendación que su título, sin que necesite darse a conocer más que por las señales y palabras misteriosas adoptadas por la gran familia de los iniciados.

»Para que se resuelvan los curiosos, *se añade* que la sociedad guarda religiosamente un secreto que no puede ser revelado más que a los francmasones.

»Para decidir a los hombres amigos de placeres, *se ponderan* los repetidos banquetes en los que los buenos platos y los vinos generosos excitan la alegría y estrechan los lazos de una fraternal intimidad.

»A los artesanos y tenderos *se les dice* que la Francmasonería les será muy provechosa, extendiendo el círculo de sus relaciones y de sus parro-

(1) Carta a la *Venta piamontesa*, 18 de Enero de 1822.

(2) Estos tres puntos forman el triángulo misterioso, símbolo del nivel igualitario que la Francmasonería pretende pasar por todas las regiones del globo para hacer desaparecer toda religión y toda autoridad que no provengan de ella.

quianos.—*De este modo se tienen argumentos para todos los gustos, para todas las vocaciones, para todas las inteligencias y para todas las clases (1).*»

Lector honrado, ¿qué dices a todo esto?

Para completar el cuadro, podríamos añadir: A los cristianos, para no espantarles, se les seduce con buenas palabras; *se les dice* que la Francmasonería no excluye religión alguna, y que aun cuenta en su seno algunos sacerdotes, etc., etc.—Pues ¿no vino un día una buena mujer, madre de familia, a consultar a un santo sacerdote amigo mío, preguntándole con mucha formalidad si era cierto «que los Padres Dominicos estaban al frente de los francmasones en Francia? «Están apretando a mi marido, añadió, para que se haga también francmasón; y como yo me opongo con todas mis fuerzas, han venido a decirme que los Padres Dominicos pertenecían a esta sociedad y la dirigían. ¿Esto es verdad?»

Tales son los secretos honrosos que la Francmasonería emplea para reclutar gente.

IV

Ceremonial para la admisión en la Francmasonería

La Francmasonería exterior tiene tres grados: *Aprendiz, Compañero y Maestro*. *Grado* significa aquí escalera de ascensión hacia la luz. Por supuesto, nosotros cristianos, hombres de fe y de recto sentir, somos unos *profanos* condenados a las tinieblas.

(1) *Historia pintoresca de la Francmasonería*, p. 1 y 2.

Así, pues, el que se ha dejado coger en la trampa tiene que pasar por lo siguiente, no menos grotesco que culpable, que no es decir poco. Preséntase ante todo para ser admitido *Aprendiz-Masón*. El día fijado de antemano, el aspirante, «acompañado al local de la logia por un Hermano a quien no conoce», es introducido en un cuarto solitario, en donde, colocada entre dos candeleros, hay una Biblia abierta en el primer capítulo de San Juan. ¿A qué viene esto? Un francmasón inocente nos responderá: «Es que somos gente religiosa e ilustrada». Pero, ¿qué respuesta daría un francmasón ya iniciado, un francmasón de esas traslogias en las cuales se os dice redondamente que no hay más Dios que la naturaleza, y que la Francmasonería sólo presta culto al sol?

Allí dejan a solas al aspirante por algunos minutos, y este rato de espera hace picante la cosa. Luego le quitan el vestido, dejando desnudos el costado izquierdo y la rodilla derecha; le mandan poner un zapato en chancleta (este punto tiene suma importancia); le quitan el sombrero, la espada (debe ir provisto de ella) y todo «su metal», es decir su dinero. Le vendan los ojos, y es conducido al «gabinete... de las reflexiones». Le está prohibido quitarse la venda hasta tanto que no oiga tres grandes golpes. Déjanle otra vez solo, y permanece algún tiempo en la inquietud natural que debe causar a ese imbécil esta sarta de misterios. Por fin oye la señal; quítase la venda, y se encuentra en una sala colgada de negro, y en cuyas paredes lee, con una alegría fácil de comprender, inscripciones tan propias para infundir ánimo como las siguientes: «¡Tiembla, si eres capaz de disimulo! ¡¡¡Remos

al fondo de tu corazón!—Si tu ánimo se ha estremecido, no pases adelante. — Se te podrán exigir los mayores sacrificios, hasta el de tu vida; ¿estás pronto a hacerlo?, etc., etc.

En el «gabinete de las reflexiones» el candidato está obligado a hacer su testamento, y responder *por escrito* a estas tres preguntas:

«¿Cuáles son los deberes del hombre para con Dios?—¿Cuáles sus deberes para con sus semejantes?—¿Cuáles los que tiene para consigo mismo?»

Luego «el H. . *Terrible* (sic) toma con la punta de una espada el testamento y las tres respuestas, para llevarlas a la logia. En la jerga masónica llámase *logia* las reuniones de los adeptos; el lugar de la asamblea se llama *templo* (reminiscencia *piadosa* de los Templarios y de sus misterios); el presidente se llama *Venerable*.

El H. . *Terrible* trae, pues, al Venerable el testamento y las respuestas; y sean éstas las que fueren, el candidato queda siempre admitido. Las respuestas del ateo y blasfemo Proudhón al entrar en la Francmasonería fueron éstas: «Justicia para todos los hombres. — Sacrificarse por la patria. — *Guerra a Dios.*» Verdad es que esto sucedió en la logia de la *Sinceridad, Perfecta Unión y Constante Amistad*; y una logia tan suave de ningún modo podía rechazar un candidato tan perfectamente sincero y tan sinceramente perfecto.

Vuelve el H. . *Terrible* al pobre aspirante, le venda otra vez los ojos, le echa una cuerda al cuello, y cogiéndola de la mano lo lleva a la puerta del *templo*, en la cual le manda dar tres fuertes golpes. Los de dentro se esfuerzan en contener la risa.

El *templo* está colgado de azul; sin duda por ser celeste todo cuanto pasa en él. Un H.'. llamado *Primer Vigilante* anuncia gravemente al *Venerable* que han llamado a la puerta. Sigue un diálogo entre el *Venerable*, el *Primer Vigilante* y el H.'. *Terrible*; y después el postulante es introducido en el templo, y le colocan entre dos columnas, siempre con la cuerda al cuello. El H.'. *Terrible* le apoya fraternalmente la punta de su espada en el corazón, y luego comienza el interrogatorio.

El *Venerable*, calándose los anteojos en su venerable nariz, dice con voz cavernosa: «¿Qué sentís? ¿Qué veis?» (preguntas desatentas para un pobre diablo que tiene los ojos vendados, y a quien se pincha el estómago).

El postulante responde con candidez: «Nada veo, pero siento la punta de una espada.»

El *Venerable*:—«Meditad bien el paso que estáis dando: vais a pasar por pruebas terribles: ¿Os sentís con valor para arrostrar todos los peligros a que podéis veros expuesto?»

El postulante con energía:—«Sí, señor.»

El *Venerable* sin reírse:—«En este caso ya no respondo de vos... H.'. *Terrible*, arrastrad a este profano fuera del *templo*, y conducidle por todos los parajes por que debe pasar el mortal que aspira a conocer nuestros secretos.»

Palabras textuales, como todas las que iremos citando, tomadas del Ritual masónico.

Al punto el H.'. *Terrible* tira de la cuerda, arrastrando al aspirante, que continúa con los ojos vendados; le hace dar media docena de vueltas sobre sí mismo en una sala llamada de los *Pasos perdidos*; y cuando lo ve desconcertado, vuelve a in-

troducirlo en la logia, sin que el paciente lo conozca.

Pero ¡atención! Van a empezar las pruebas, que harían desternillar de risa, si no sirviesen de iniciación en cosas detestables.

V

Primera y terrible prueba del Aprendiz-Masón

En el centro de la logia hay preparado un gran marco con papel un poco tirante, como los aros que atraviesan los volatineros en los circos ecuestres. Varios Hermanos sostienen este marco, instrumento de la primera prueba.

«¿Qué debemos hacer del profano?» pregunta el H.'. Terrible al Venerable. Y el Venerable responde: «Metedlo en la caverna.» Dos francmasones agarran al aspirante, lo lanzan con toda su fuerza sobre el marco, y el papel, desgarrándose, le abre paso. Otros dos Hermanos, colocados al otro lado, reciben al paciente en sus brazos entrelazados. Al mismo tiempo cierran con furia las dos hojas de la puerta, y se imita el ruido de cerrojos; de modo que el paciente puede creerse encerrado en la famosa caverna...! Pásanse algunos momentos en un profundo silencio... ¡el silencio de la tumba!

De repente el Venerable (estornuda), da un fuerte martillazo (sobre no importa cuál objeto), manda al aspirante que se arrodille, y dirige una especie de súplica al Patrón del establecimiento, a quien llaman ellos *el gran Arquitecto del Universo*. La Francmasonería es muy pródiga de esta clase de

plegarias, y pone el nombre de Dios en toda clase de salsas, lo cual es una hipocresía indigna; porque, como veremos más adelante, la Francmasonería es atea, y *el objeto supremo del francmasón es el culto de la Naturaleza*, como se atreve a declararlo en uno de sus libros oficiales (1).

El Venerable manda al aspirante que se siente, por supuesto, con los ojos vendados, en un sitio erizado de puntas (para mayor comodidad), y le pregunta si persiste en su *noble* determinación; a lo que el otro responde majestuosamente que sí. Siguen algunas preguntas morales y descabelladas, un discurso patético del Venerable sobre los deberes de los francmasones, siendo el primero, dice, «guardar un silencio absoluto sobre los secretos de la Francmasonería».—Ya veremos si tales secretos guardan armonía con todo ese ridículo ceremonial; fuera de que ¿no están de más los secretos en una sociedad que se dice únicamente benéfica y filantrópica?

No termina aquí el sainete. El Venerable pregunta al aspirante si puede dar su palabra de honor de que obra con sinceridad. A una indicación suya el H.°. *Sacrificador* conduce el paciente «al altar», y le hace beber en una copa de doble fondo. «Si no sois sincero, dice el Venerable, la dulzura de esa bebida se cambiará en sutil veneno». Y gracias al mecanismo de la copa, hacen beber al de los ojos vendados primero agua clara, y luego una bebida amarga, seguida, como es natural, de mil visajes. Al punto el Venerable, más zorro de lo que parece, exclama dando otro golpe de mazo: «¿Qué

(1) El H.°. Ragón: *Curso filosófico e interpretativo de las Iniciaciones antiguas y modernas*.

veo? ¿Qué significa esa súbita alteración del rostro? ¿Se habrá transformado ya en veneno esta dulce bebida?... ¡Alejad al profano!»

El H.°. Terrible, conduce otra vez al aspirante a las dos columnas, y el Venerable añade: «Si pensáis engañarnos, no lo conseguiréis jamás; más valdría que os fueseis al momento: sois todavía libre. La seguridad que pudiéramos tener de vuestra perfidia os sería fatal y deberíais *renunciar a ver de nuevo la luz del día*. H.°. Terrible, volved a colocar este profano en el banquillo de las reflexiones.»

Si el postulante se decide a continuar, se pasa a la segunda prueba.

VI

Los tres viajes: segunda prueba del Aprendiz-Masón

Al ver que millones de hombres se someten desde hace siglos a prácticas tan necias y humillantes, nos sentimos poseídos de una especie de lástima, y como el H.°. *Pequeño-Tigre*, «se queda uno admirado de la estupidez humana». Si el demonio no anduviera en ello, no habría un solo hombre de sano entendimiento que pudiese conformarse con fantasmagorías tan pueriles como repugnantes. Nadie podría creer que hombres dotados de razón que todos la echan más o menos de librepensadores, practiquen estos ritos absurdos, si la cosa no fuera tan cierta como es, y si el ritual impreso por la secta no desvaneciera toda duda.

El primer *víaje* consiste en dar tres veces la vuel-

ta a la logia, dispuesta al intento. El paciente, vendados siempre los ojos, y conducido por el H.'. Terrible, camina sucesivamente por unas tablas movedizas que, colocadas sobre rodajas y erizadas de asperidades, se corren a cada paso; luego por otras tablas sobre trampas, que a cada momento fallan bajo los pies, y parece le dejan caer a un abismo. Después se le hace subir «la escalera sin fin». Si quiere detenerse, le gritan que siga subiendo, hasta que al fin, llegado a una gran altura (al menos así lo cree), mándarle precipitarse abajo... ¡y cae de una altura de tres pies!! Durante todo este tiempo (como en ciertos melodramas) simulan el mugir del viento, el ruido del granizo, estampidos de truenos, chillidos de niños, en fin, una espantosa baráunda. ¡Así se concluye el primer *viaje*, que, francamente, es demasiado tonto!

El segundo *viaje* se parece mucho al primero, y el tercero al segundo: igual delicadeza en las maniobras, igual heroísmo en el Aprendiz. En los intermedios de cada viaje, el Venerable finge dudar de su valor, y le conjura a no continuar; pero el otro, impávido, sigue adelante.

El tercer *viaje* ofrece, sin embargo, alguna novedad. Como a D. Quijote y a Sancho Panza, vendados también los ojos, en el famoso caballo de madera, se le pasan al infeliz aspirante, por debajo las narices, no sé qué llamas *purificadoras*. «¡Que pase por las llamas purificadoras (exclama el Venerable) para que no quede en él nada profano!» Y efectivamente, mientras el postulante baja con gravedad las gradas del Oriente (lugar que ocupa el Venerable) para volver a las dos columnas, el H.'. Terrible lo rodea, por tres veces, de llamara-

das producidas por no sé qué gas o pólvora preparada al efecto.

¡Y pensar que hombres de toda edad y condición; sabios, académicos, generales, altos dignatarios, padres de familia, hombres bien educados, han pasado, pasan y pasarán por tantas y tales majaderías! Esto confunde el ánimo y es degradante para el género humano.

Pero todavía no hemos concluido, ni el postulante es aún francmasón.

VII

Ultimas pruebas

«Profano, exclama el Venerable, habéis sido purificado por la tierra, el aire, el agua y el fuego. No sé con qué palabras alabar vuestro valor; pero que no os abandone, porque tenéis todavía que pasar por algunas pruebas. *La sociedad en la que deseáis ser admitido, tal vez os exija que derraméis por ella hasta la última gota de vuestra sangre. ¿Estáis pronto a todo?*»—Es la segunda advertencia de este género que se le hace; pues, para ser francmasón, hay que comprometerse solemnemente a todo lo que exijan los intereses de la Francmasonería, y estar dispuesto a sacrificar su vida a la primera señal.

A la respuesta afirmativa del aspirante, el Venerable añade: «Necesitamos convencernos que no es vana esta seguridad que nos dais. ¿Queréis dejaros abrir ahora mismo una vena?» El postulante consiente; le pinchan ligeramente, simulando un cho-

rrero de sangre, y se le hace tener el brazo en cabestrillo.

Luego le propone el Venerable dejarse marcar en el pecho el *sello masónico* con un hierro candente. El aspirante consiente también, y se le aplica al pecho, o bien un cabo de vela recién apagado, o un pedazo de vidrio calentado en la llama de un papel. Por último, el postulante debe comunicar en voz baja al H. .*Hospitalario* la cantidad que quiera destinar como ofrenda para los francmasones pobres.

Aquí concluyen las famosas pruebas.

El Venerable arenga al aspirante y alaba su valor con aquel estilo enfático y hueco, cuyo secreto conserva fielmente la Francmasonería; ¡y como recompensa de su heroísmo, manda al H. .*Maestro de Ceremonias* «que lo inicie en el grado de Aprendiz, enseñándole... a dar el primer paso en el ángulo de un cuadrilongo!!! Le haréis dar también los otros dos pasos, añade con gravedad, y al punto le llevaréis al altar de los juramentos.» En efecto, los tres pasos en el ángulo de un cuadrilongo constituyen *la marcha de un Aprendiz-Maestro*. Ese bobalicón que se ha dejado vendar los ojos, pinchar el vientre, tirar a través del papel en la caverna; que ha bebido agua clara, y dado traspiés en sus tres viajes; que ha subido la *escalera sin fin* y se ha precipitado heroicamente a un abismo de tres pies; que ha sido purificado por la llamarada de la pólvora; que ha vertido su noble sangre, y ha prometido y oído cosas tan bellas... llega por fin a ser iniciado en algo serio: ¡le han enseñado «a dar tres pasos en el ángulo de un cuadrilongo!!!»

VIII

El juramento

A la prestación del juramento debe preceder otra ceremonia. El neófito, vendados todavía los ojos, es «conducido al altar de los juramentos», ante el cual se arrodilla mientras el H. V. *Maestro de Ceremonias* le apoya la punta de un compás sobre el pecho izquierdo. Sobre el altar hay una Biblia abierta, y sobre ésta una espada flamígera.

«Todos en pie y a la orden, Hermanos, exclama el Venerable; el neófito va a prestar el terrible juramento.» Terrible es, en efecto, y aquí cesa la broma para ceder el puesto a la verdadera Francmasonería. Todos se levantan, tiran de sus espadas, y el postulante presta el impío juramento que va a leerse:

«Juro, en nombre del Arquitecto supremo de todos los mundos, no revelar jamás a nadie los secretos, signos, palabras, doctrinas y usos de los francmasones, y guardar sobre todo ello eterno silencio. Prometo y juro a Dios no descubrir jamás cosa alguna, ni por la pluma, ni por señales, palabras o gestos; no hacer jamás escribir, litografiar, imprimir ni publicar cosa alguna de lo que me ha sido confiado hasta ahora, o pueda confiármese en adelante. Me obligo y someto al castigo siguiente, si falto a mi palabra: Que me quemén los labios con un hierro candente; que me corten la mano y el cuello, y me arranquen la lengua; que mi cadáver sea colgado en una logia durante la admisión de un nuevo Hermano, para que sirva de borrón a

mi infidelidad y de horror a los demás; que sea quemado desde luego, y las cenizas echadas al viento, para que no deje el menor vestigio la memoria de mi traición. Así Dios me ayude y su Santo Evangelio. Así sea.»

¡Desdichados, que mezclan el nombre de Dios y del Evangelio a sus detestables juramentos, y se entregan atados de pies y manos a un poder oculto que no conocen ni conocerán jamás, que les dirá: Matad, y tendrán por fuerza que matar; que les mandará violar las leyes divinas y humanas, y si no obedecen morirán! Decidme: ¿puede prestar este juramento un hombre honrado, no digo un cristiano, en la más vulgar acepción de la palabra?

Después del juramento, conducen otra vez al aspirante a las dos columnas. Todos los Hermanos (¡qué Hermanos!) se colocan en círculo al rededor suyo, y dirigen contra él las espadas, «de modo que sea como un centro del cual salgan rayos». El Maestro de Ceremonias, colocado a su espalda, se dispone a soltarle la venda de los ojos, mientras otro Hermano delante del infortunado neófito acerca a sus narices la lámpara y pólvora inflamable que ya sirvieron para las llamas purificadoras. Y sigue la comedia.

«¿Juzgáis este aspirante digno de ser admitido?» pregunta el Venerable al H. . Primer Vigilante.—Sí, Venerable, contesta el otro.—¿Qué pedís para él?—La luz.» El Venerable, en tono solemne, exclama: «Hágase la luz.» Y da tres fuertes golpes de maza. Al tercer golpe, cae la venda, la pólvora se inflama, y el neófito deslumbrado no vé más que fuego. Luego, con gran satisfacción suya, ve todas las espadas desnudas dirigidas a su pecho,

mientras sus excelentes Hermanos gritan a una :
«¡ Dios castigue al traidor !»

«No temáis, Hermano, prosigue el Venerable ; no temáis esas espadas vueltas a vuestro pecho ; sólo amenazan a los perjuros. Si sois fiel a la Francmasonería, como tenemos motivo de esperarlo, estas espadas estarán siempre prontas a defenderos. Si, al contrario, llegaseis a hacerle traición, *ningún rincón de la tierra os dará refugio contra estas armas vengadoras.*»

A indicación del Venerable, conducen otra vez el nuevo Hermano al altar ; hácenle poner de rodillas (¿ante quién? ¿ante qué?); y el Venerable, tomando del altar (¿altar de quién?) la flamígera espada, pone la punta sobre la cabeza del nuevo Hermano, y lo consagra *Aprendiz-Masón*, diciéndole : «En nombre del gran Arquitecto del universo, y en virtud de los poderes que se me han confiado, os constituyo Aprendiz-Masón y miembro de esta respetable logia.» Luego, levantando al nuevo adepto, le ciñe un mandil de cuero blanco, le entrega un par de guantes blancos, que el francmasón debe llevar puestos en la logia como emblema de su inocencia (!!!), y sea o no casado, otro par de guantes de mujer, que debe «entregar a la que más estime». Pronto veremos que también hay *francmasonas*, y que el culto a las mujeres dista mucho de ser proscrito entre esos inocentes y puros hijos del «gran Arquitecto de todos los mundos». En fin, el Venerable revela al nuevo Aprendiz las señas, contraseñas y secretos particulares de su nuevo grado, y le da el triple ósculo fraternal. No sé cuáles puedan ser esos secretos particulares ; pues en el Ritual de la Logia Madre de los Tres-Globos (*sic*) se dice

expresamente que «no se hagan al Aprendiz más que insinuaciones, sin darle nunca una explicación completa; porque no puede explicarse enteramente *el más pequeño punto*, sin hacer comprender todo el conjunto».

Sea como fuere, la iniciación queda proclamada; toda la logia aplaude, y el nuevo francmasón, habiendo tomado de nuevo sus vestidos, es instalado en su sitio. El H.°. *Orador* le dirige un discurso, y con esto concluye esta sacrílega fantasmagoría.

IX

Del grado de Compañero

El segundo grado en la Francmasonería exterior es el de *Compañero-Masón*. Cuando un desgraciado Aprendiz se cansa de no averiguar ni aprender nada, espera se le inicie en alguna cosa pasando a ser *Compañero*, lo cual se verifica como sigue:

El Aprendiz postulante no lleva ya vendados los ojos, puesto que pidió la luz, y se le echó pólvora a los ojos: viene a llamar como Aprendiz a la puerta de la logia (1). El Venerable le hace entrar, le pregunta y le ordena que dé cinco veces la vuelta a la logia, acompañado del H.°. Maestro de Ceremonias. Esto se llama «los viajes misteriosos».

(1) Es decir (a lo menos en el rito escocés) dos golpes dados rápidamente y con fuerza; y después de una corta pausa, un tercer golpe más suave. El *Compañero* da del mismo modo, primero dos golpes, después uno, y luego otros dos. El *Maestro* repite tres veces los golpes del *Aprendiz*. El *Venerable* o *Maestro* de logia no da más que un golpe, pero muy recio: ¡cómo que es Júpiter Olímpico el que llama!

Después le hace golpear tres veces con una maza sobre una piedra bruta (entiéndalo quien pueda). A esto se llama el último trabajo de Aprendiz. El Venerable le explica entonces el significado de una estrella flamígera, pintada en un lienzo extendido en el suelo, y le dice ser «el símbolo de aquel fuego sagrado, de aquella porción de divina luz, de que el gran Arquitecto del universo ha formado nuestras almas». (Lo cual es una herejía que huele mucho a panteísmo). Hávalo comprendido o no el postulante, se le conduce al altar, como la primera vez; y allí, de rodillas, presta de nuevo el juramento de fidelidad masónica; juramento horrible, condenado por las leyes divinas y humanas.

Al punto se le proclama *Compañero* con grandes aplausos de la logia, y se le conduce, no «a Oriente» como al ser recibido *Aprendiz*, sino «delante de la columna del Mediodía», en donde le dirige otro discurso el H. V. *Orador*.

Todo esto es tan necio, que más bien debería excitar la cólera que la risa. ¡Y pensar que hay en el mundo ocho millones de personas, muchas de ellas instruídas e ilustradas, que han pasado por estas horcas caudinas de las sociedades secretas!

X

Del grado de Maestro-Masón

El grado de Maestro-Masón es en la Francmasonería exterior el tercero y último; pues la dignidad de Gran-Oriente y las otras dignidades accesorias que componen el Consejo exterior no son grados, propiamente hablando. Como, por ejemplo, un

general, que no por habersele nombrado Ministro de la Guerra asciende en graduación; sino que alcanza otra dignidad, un nuevo mando, y nada más. Así el masón nombrado Gran-Oriente es un Maestro-Masón como cualquier otro, aunque tenga el mando exterior de todas las logias de una obediencia.

Hay, efectivamente, en la Francmasonería muchos ritos u obediencias, que se diferencian muy poco unas de otras. En Francia existen tres ritos masónicos: *el del Gran-Oriente de Francia, el Escocés y el Misraim*. Este nombre es el que la ciencia cabalística ha dado siempre a un demonio tan poderoso como perverso. El rito Misraim se atribuye por primer padre al *piadoso* Cam, maldecido por su padre Noé.

Pero volvamos a nuestro compañero, que arde en deseos de pasar a Maestro. El ceremonial adquiere cada vez mayor solemnidad. La logia misma ya no se llama logia, sino *apósito del centro*. El celeste Imperio chino también se llama imperio del centro. Este aposento está todo colgado de negro (en señal de luz y de alegría) con calaveras, esqueletos y huesos en aspa, que sin duda habrán bordado en blanco las francmasonas «más estimadas» por los francmasones de este centro.

En el altar del Venerable se coloca una bujía de cera amarilla (notadlo bien) en la parte del Oriente (no del Occidente, si no todo estaba perdido), y una linterna sorda, formada de una calavera que sólo deja pasar la luz por las aberturas de los ojos. Además es de advertir que el Venerable no es ya del todo venerable, porque en este centro respetabilísimo toma en lo sucesivo el título de «Muy-Res-

petable del aposento del centro», y este aposento y su Muy-Respetable son alumbrados en proporción de sus necesidades por la bujía amarilla y la linterna-calavera. En el centro, el que tenga buenos ojos percibe (¡oh goces puros de la Francimasonería!) un ataúd: un verdadero ataúd que encierra el cuerpo de un francmasón o de un maniquí (esto importa poco); y según el H.°. Clavel debe ser «el último Maestro admitido». El Ritual no dice si éste se encuentra o no muy a su gusto en el ataúd; y a mi ver trocaría de buena gana su papel por el del Muy-Respetable.

Para consolarle, le ponen una escuadra en la cabeza, un compás abierto en los pies, y sobre su cuerpo un ramo de acacia (sin duda para guardarle del sereno). Todos los HH.°. Maestros están vestidos, no de amarillo, sino de negro; y en las logias más alegres llevan un mandil negro con una calavera artísticamente bordada sobre las piernas. En fin, para complemento, llevan todos, de la espalda izquierda a la cadera derecha, una banda azul, en donde se ven bordados el sol, la luna y las estrellas.

Si queremos saber el motivo de encontrarse tan bien compuestos en el «aposento del centro» oigamos al Muy-Respetable que pregunta: «¿Con qué objeto nos reunimos?—Para encontrar la palabra del Maestro, que se ha perdido», le responde con cómica gravedad el H.°. Primer Vigilante. El Muy-Respetable manda que busquen «la palabra». Parece que todos la saben, pues a cada uno se pregunta por ella, y cada uno se la manda al Muy-Respetable. «¿Qué edad tenéis?» pregunta éste al H.°. Primer Vigilante. «Siete años», responde in-

genualmente el otro, no se sabe por qué. Un Maestro-Francmasón tiene siempre siete años: la edad del candor. «¿Qué hora es?», continúa el Respetable. «Pasa de medio día», dice el otro. Después de varias preguntas y respuestas no menos profundas, óyese golpear la puerta a usanza de los Compañeros: Toc-toc, toc, toc-toc. Es nuestro Compañero-Masón que se presenta. Lleva desnudos los pies y el brazo y el pecho izquierdos; de su brazo derecho cuelga majestuosamente una escuadra, y lleva ceñida en tres vueltas su cintura con una cuerda cogida de un extremo por el H.°. *Experto* en el rito del Gran-Oriente de Francia; por el H.°. Maestro de Ceremonias, en el rito Escocés; por el H.°. Primer Diácono, en las logias inglesas y americanas; y en el rito de Misraim, debe tenerlo cogido el diablo en persona. Con este arreo llama a la puerta el Compañero postulante, y empieza una escena que no tiene precio.

«A este ruido, dice el H.°. Clavel, se conmueve la asamblea» (motivos le sobran). Con voz alterada, exclama el H.°. Primer Vigilante: «Muy-Respetable, un Compañero acaba de llamar a la puerta.»—«Ved... lo que quiere... ese Compañero», contesta el Muy-Respetable con una emoción muy natural.

Pasan a informarse, y como todos están en el intríngulis, no es muy complicado el asunto. «¿Por qué viene el Maestro de Ceremonias a turbar nuestro dolor? dice con tono lúgubre el Muy-Respetable; ¿no sería ese Compañero uno de esos miserables que el cielo entrega a nuestra venganza? H.°. *Experto*, tomad vuestras armas, y apoderaos de ese Compañero. Registradle y aseguraos si lleva

indicio alguno de su complicidad en el crimen cometido.» Este crimen es la fingida muerte del Arquitecto Adoniram, asesinado por tres Compañeros mientras dirigía los trabajos del templo de Salomón; pero en realidad significa la ejecución de los Templarios, progenitores espirituales de los franc-masones.

El H.°. Experto arranca el mandil al Compañero, y mientras éste permanece en la puerta, guardado cariñosamente por cuatro Hermanos armados hasta los dientes, vuelve aquél al Muy-Respetable, y con mucho respeto le dice: «Muy-Respetable, nada encuentro en el Compañero que indique haya cometido un asesinato. Sus vestidos son blancos, sus manos puras, y este mandil que os traigo no tiene mancha alguna.»

El Muy-Respetable finge no quedar convencido. «Venerables HH.°, dice; ojalá el presentimiento que me agita, etc., etc. ¿No convendría' interrogarle?» Todos los Hermanos bajan la cabeza en señal de asentimiento; y oyendo el Muy-Respetable de labios del H.°. Experto que el Compañero sabe la contraseña, exclama sobrecogido de estupor: «¡La contraseña!... ¿Cómo puede saberla? ¡Oh!... Esto no puede ser sino efecto de un crimen.» En seguida se efectúa un nuevo registro en todos los bolsillos y escondrijos del Compañero, a quien dejan poco menos que en cueros en medio de sus cuatro centinelas.

Mientras tanto el infortunado Maestro se aburre en su ataúd, y reflexiona a sus anchuras sobre la profundidad de las ceremonias masónicas.

El H.°. Experto sigue, pues, el registro del Compañero; al fin mira su mano derecha, y como si

hubiese descubierto alguna cosa, exclama aterrorizado: «¡Dioses excelsos! ¿qué veo? ¡Habla, desgraciado; confiesa tu crimen! ¿Cómo darás la contraseña? ¿Quién ha podido comunicártela?» El inocente Compañero contesta tan sereno, como si tal cosa: «¿La contraseña? ¡Si no la conozco! Mi conductor la dará por mí.» Entonces se le introduce, andando hacia atrás, hasta el medio del «apuesto del centro»; y llegado cerca del féretro, se le hace volver, y descubre el féretro con el último Maestro admitido, que sigue haciendo el muerto.

El Muy-Respetable le explica cómo se encuentran todos allí ocupados en llorar al muy respetable Maestro Adoniram, pérfidamente asesinado por tres Compañeros (hace cosa de dos mil ochocientos sesenta años), y le enseña al pobre Maestro tendido en el féretro. Por supuesto, el Compañero declara no haber sido él uno de los tales asesinos; y el Muy-Respetable, enteramente satisfecho con esta justificación, ordena que le hagan *viajar*. Ya conocemos tan ridículos viajes: éste sólo se diferencia de los demás, en que le acompañan fraternalmente cuatro masones armados. El H. Experto sigue al viajero, llevando el cabo de la cuerda. Al volver de sus *viajes*, el Compañero es recibido Maestro; presta juramento de rodillas, teniendo apoyadas en el pecho las dos puntas de un compás abierto. Luego le llevan «al Occidente»; de ahí «al Oriente», y esto componen «la marcha misteriosa del grado de Maestro».

Esta «marcha misteriosa» da tiempo de sobras al Hermano muerto para salir del féretro; y cuando el postulante vuelve a aproximársele, lo encuentra vacío. El Muy-Respetable baja de su trono, y todos

los Hermanos forman un círculo al rededor del féretro. Aquí comienza el lamentable relato del supuesto asesinato del respetable Maestro Adoniram, cometido por tres Compañeros, rivales suyos, llamados Jubelas, Jubelos y Jubelum; el Muy-Respetable interrumpe tres veces su narración para dar tiempo al H.°. Primer Vigilante, a fin de que pueda herir al nuevo Maestro, como Adoniram lo fué por sus tres asesinos: primero en el cuello con una regla de hierro; después el corazón con una escuadra; y por último en la frente con un martillo. Después dos Hermanos cogen al Adoniram ficticio y lo tienden en el féretro, como si estuviera muerto. Los asistentes hacen como que buscan a su querido Adoniram; y después de penosas investigaciones de Oriente a Occidente, y de Occidente a Oriente, le encuentran por fin, gracias a la rama de acacia, que les indica dónde está su cadáver. El Muy-Respetable declara que está putrefacto, y dice: *Mac Benac*, es decir, la carne se separa de los huesos. (¡Qué divertido es todo esto!) El Muy-Respetable saca del féretro al supuesto difunto, le pone la mano izquierda sobre la espalda ídem, y le dice al oído derecho: *Mac*, y al izquierdo: *Benac*, palabras que inundan al resucitado de luz y de consuelos. Los Hermanos con sus mandiles negros y sus calaveras, a la luz de la vela amarilla y de la calavera transformada en linterna, prorrumpen en cánticos de alegría.

Ei H.°. nuevo Maestro renueva el juramento de «no revelar cosa alguna a los Hermanos inferiores ni a los profanos», y recibe la iniciación, es decir, el catecismo masónico y el signo de Maestro. Este signo consiste en cerrar cuatro dedos de la mano

derecha, apoyando el pulgar sobre el vientre, de manera que forme un ángulo; mientras se tiene el reverso de la mano izquierda delante de los ojos, vuelto el pulgar hacia abajo. El catecismo de los Maestros llama este signo *el signo de horror*, «porque significa el horror que sobrecogió a los Maestros al descubrir el cadáver de Adoniram».

Tan lúgubre y ridícula juglería compone el ceremonial de iniciación en el tercero y último grado de la Francmasonería exterior. Esto deja ya percibir, aunque de lejos, un olorillo de conspiración y sociedad secreta; y se comprende cuán fácilmente ese innumerable público de las logias sirve de reclutas a la Francmasonería oculta y a los portaestandartes de las sociedades secretas. Ya veremos de qué groseras impiedades se componen los misterios que en este momento se descubren al nuevo Maestro. Es materialismo puro.

Puede, pues, asegurarse que, a pesar de todo lo engañados que puedan verse, los francmasones, Aprendices, Compañeros y Maestros, son muy culpables, imprudentes y bobos.

XI

De los altos grados de la Francmasonería

Así se llaman algunas iniciaciones, a menudo independientes unas de otras, que varían según los lugares y países, y de las cuales muchas son recientes, y otras ya no existen. Hay francmasones que reniegan de ellas, entre otros la mayor parte de los jefes de la Francmasonería exterior. Otros las reconocen y alaban y las adoptan, sin formar

con esto parte de la Francmasonería latente, ni de las sociedades secretas propiamente dichas.

Los altos grados son como una florescencia cada vez más secreta e impía de la Francmasonería común; una iniciación más avanzada, pero siempre incompleta, hacia lo que podría llamarse el alma de la Francmasonería, es decir, al objeto final de sus maquinaciones, que no es otro que la destrucción completa de todos los tronos y de toda Religión; es la rebelión universal del mundo contra Dios y contra su Cristo; es Satanás y el hombre que quieren reinar en el mundo en lugar de Dios y de su Cristo. Se ha descubierto una parte de este secreto infernal, y en vano lo niegan los francmasones honrados a medias.

«El objeto de la Orden debe ser siempre su primer secreto, decía en 1774 la Gran-Logia de Alemania: el mundo no tiene aún la robustez necesaria para sostener la revelación del mismo.»

Parece también que ni los mismos francmasones, hasta los que tienen los altos grados, son *bastante robustos* todavía; puesto que en la iniciación de un alto grado del rito Escocés, el Maestro de logia dice al candidato: «Con este grado se levanta un muro muy grueso entre nosotros y los profanos, y *aun entre muchos de nosotros*... Lo que habéis sabido hasta el día de hoy es nada en comparación de los secretos que sin duda se os revelarán más adelante... *El cuidado que ponemos en ocultarnos aun de nuestros Hermanos* ha debido daros nociones dignas de la cosa (1).» (Verdadero estilo del francmasón).

(1) Recepción en el grado de *Anciano*. (Ritual de la logia Madre de los Tres Globos).

En todo el conjunto de ritos masónicos hay, según dicen, cerca de mil grados. En el rito del G. . . O. . . aparecen treinta y tres; y el mismo número en el rito Escocés, a pesar de no conferirse ordinariamente más que siete. Los demás son indudablemente demasiado sublimes, y el exceso de luz dañaría la vista. El rito Misraim parece detenerse en el número de ciento; y en él será sin duda donde se ve más claro.

Es de notar que, por la gracia de Dios, todas las ramas del árbol masónico se detestan fraternalmente unas a otras. Sus divisiones nos salvan. Sucede en la Francmasonería como en el Protestantismo. Su lazo de unión es el nombre y el odio contra la Iglesia; pero hay división hasta lo infinito entre todas las sectas de la Secta. La división es el carácter de las obras de Satanás, porque la unidad sólo existió en la verdad y en la caridad.

Los altos grados más conocidos parecen ser los de *Juez-Filósofo-Gran-Comendador-Desconocido*; *Elegido*; *Anciano*; *Caballero de San Andrés*; *Caballero del Sol*; *Caballero Kadosch* y *Rosa-Cruz*.

XII

Del alto grado de Juez-Filósofo-Gran-Comendador-Desconocido

Al recibir tan pomposo y altisonante grado se revela sin ambages al adepto el sentido verdadero y práctico del cuento de Adoniram. He aquí las siguientes palabras, copiadas textualmente del libro

del H. . . Ragón, titulado: *Ortodoxia masónica*: «Los diversos grados por que habéis pasado, dice el Maestro de la logia, ¿no os inducen a hacer de la muerte de Adoniram una aplicación justa al fin trágico y funesto de Jacobo Molay, Juez-Filósofo-Gran-Comendador de la Orden? ¿No se ha *preparado vuestro corazón a la venganza*, y no estáis poseído *del odio implacable* que hemos jurado a los tres traidores *en quienes hemos de vengar la muerte de Jacobo Molay*? Esta es, hermano mío, la VERDADERA FRANCMASONERÍA, *tal como nos ha sido transmitida*.»—Prácticamente estos tres traidores son: primero, *el Papa*, y con él la Iglesia toda, todo el Cristianismo, todo el orden religioso; luego *el Rey*, y con él toda la sociedad civil y todos los Gobiernos; y por último la *fuerza militar*, que ha reemplazado las antiguas Ordenes religiosas militares, dedicadas a la defensa de la fe.

Ya se deja entrever al adepto que la doctrina fundamental de la Francmasonería es el ateísmo y el culto del Dios-Naturaleza. «Aprended a sentaros, le dicen, entre hombres para quienes *el valor y las buenas costumbres (?) componen toda la doctrina*. Esta doctrina es la regla que nos impone nuestra constitución.»—Ese valor, como luego veremos, es la voluntad ciega y salvaje que se lo hará emprender todo, hasta el crimen y el asesinato: esas buenas costumbres son la obediencia a los instintos de la naturaleza.

En fin, se le añade: «Heos ya al nivel de los *francmasones celosos que se han entregado a nosotros para la común venganza*. Ocultad con el mayor cuidado al vulgo el alto cargo que os está reservado... Ahora, Hermano mío, pertenecéis al nú-

mero de los elegidos llamados a llevar a cabo la grande obra... ¡Amén!»

Después de esta *devota* plática, el Maestro de la logia entrega al nuevo H.°. *Juez-Filósofo-Gran-Comendador-Desconocido* la insignia de su alto grado, indicándole su trabajo especial. La insignia, la «alhaja» del adepto es un puñal; y su *trabajo*, la *venganza*.—¿No ve claro el lector?

XIII

Del alto grado de Caballero-Kadosch

No sé por qué se llaman así tales *caballeros*. *Kadosch* quiere decir *santo*. Su iniciación está sazónada con el más fuerte humillo de sangre, muerte, venganza, rebelión e impiedad.

Cuando Luis-Felipe *Igualdad* (único entre los Grandes-Orientes de Francia que haya sido admitido a los tenebrosos secretos de «la verdadera Francmasonería»), fué iniciado en el grado de Caballero-Kadosch, le hicieron tender en el suelo como un muerto, y renovar en esta postura todos los juramentos que ya había prestado en los grados inferiores: luego, poniéndole un puñal en la mano, mandáronle que fuese a clavarlo en un maniquí coronado, puesto en un rincón de la sala, al lado de un esqueleto... Un líquido color de sangre brotó de la herida sobre el candidato e inundó el suelo. Además recibió la orden de cortar la cabeza del monigote y tenerla levantada con la mano derecha, guardando en la izquierda el puñal teñido en sangre. Entonces le hicieron saber que los huesos que allí veía eran los de Jacobo Molay, Gran-Maestro

de los Templarios; y que el hombre cuya sangre acababa de derramar, y cuya ensangrentada cabeza tenía en la mano, era Felipe el Hermoso, rey de Francia (1).—Claro está que habiendo muerto Felipe el Hermoso hacía más de quinientos años, aquel acto de muerte y venganza iba dirigido, no a su persona, sino a la Monarquía representada en él. Por esto el nuevo *Kadosch*, como fiel *Caballero*, fué uno de los principales asesinos de Luis XVI; y eran también francmasones casi todos los regicidas de la Convención.

El Ritual masónico dice terminantemente que el nuevo elegido debe vengar la muerte de Jacobo Molay, «sea figuradamente en los autores de su suplicio, sea implícitamente *en quien de derecho*.»—«¿A quién conocéis?» se le pregunta.—«A dos Abominables.—Nombradlos.—Felipe el Hermoso y Beltrán de Goth» (el Papa Clemente V).

Según el H. .°. Ragón, «autor sagrado», no es solamente un maniquí coronado lo que debe hérir el *Caballero Kadosch* el día de su iniciación; es una serpiente con tres cabezas, una de las cuales lleva la tiara o una llave, la segunda una corona, y la tercera una espada: símbolos del Papado, de la Monarquía y de la fuerza militar, que se juntaron para destruir la Orden de los Templarios. «Esta serpiente de tres cabezas, dice el H. .°. Ragón, representa el principio malo (2).»

Poco a poco va apareciendo la secta en su asquerosa desnudez.

(1) Montjoie: *Historia de la conjuración de Luis Felipe de Orleans Igualdad*.

(2) Ibid.

XIV

Del alto grado de Rosa-Cruz

En la admisión de un *Rosa-Cruz* el jefe de la logia ya no es Venerable, ni Muy-Respetable; se llama «Maestro Muy-Sabio y Perfecto», y todos los oficiales de la logia son «Muy-Poderosos y Perfectos». La *perfección* es el carácter distintivo de este grado; pero no confundamos las cosas: se trata de la perfección masónica.

Entre otras cosas se pregunta al candidato sobre el significado de la célebre inscripción INRI, colocada por orden de Pilatos en la cruz de Jesucristo. Para los francmasones no significa *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*, sino que le interpretan (¡blasfemia horrible!) del siguiente modo: «que el judío *Jesús de Nazaret* fué llevado por el judío *Rafael* (1) a *Judea* para sufrir allí el justo castigo de sus crímenes.» Cuando el candidato ha dado al Muy-Sabio esta interpretación sacrílega, exclama éste: «¡Hermanos míos, ha vuelto a encontrarse la palabra!»—Tenemos, pues, que «la palabra», el secreto de los grados avanzados de la Francmasonería, es el odio a Jesucristo.

En las leyendas masónicas Nuestro Señor, como descendiente del rey Salomón, expía *justamente* en la cruz el supuesto asesinato de Adoniram por Salomón, envidioso de su arquitecto. Adoniram es el pretendido descendiente de Caín, hijo (dicen) de Lucifer y de Eva; y la lucha actual de la Revolución

(1) ¿Quién es ese judío Rafael? ¿Será, acaso, el traidor Judas, tan simpático al H. Renán?

y la Francmasonería contra el Altar y el Trono no es más que una continuación lógica y fatal de la lucha comenzada en el paraíso terrenal: lucha de Lucifer, Caín su hijo, Adoniram su descendiente, y de toda una raza superior, que recibió el don de la ciencia, de la luz y de la verdadera virtud, contra Dios, contra Adán, Abel, Salomón; contra Jesucristo y la raza inferior de los hijos de Adán, personificada en los sacerdotes y en los reyes; raza cuyo principal carácter es la fuerza ciega, la tiranía y la ignorancia. Además, según los francmasones, Dios tiene envidia a Lucifer y le persigue; Caín es el *perseguido* por Adán y Abel, etc. Todo está revuelto y confundido: es la apoteosis de la rebelión, y la crucifixión de la verdad y del bien: en una palabra, es la Revolución, cuya doctrina fundamental es por esencia anticristiana, atea, satánica.

Por adelantados que puedan estar en el conocimiento del *secreto* de la Francmasonería todos los Hermanos de los altos grados, es preciso reconocer, sin embargo, que aun no han salido de la «antesala mal alumbrada», como decía el H.°. *Pequeño-Tigre*, y que todavía no son más que francmasones en hierba y en flor. El fruto está oculto más adentro, en los negros antros de la secta. Esto decía un sacerdote a una especie de hombre de bien de cortos alcances, promovido hacía muchos años al grado de Rosa-Cruz, el cual no veía en las ceremonias de las logias más que mojigangas históricas. «No perdía ocasión, contaba el sacerdote aludido (1), en inspirarme una idea mejor de una so-

(1) Barruel: *Le Jacobinisme dévoilé*, tomo II, página 312 y siguientes.

ciudad, en la que se gloriaba de haber ejercido cargos importantes. Quería a todo trance convertirme a la Francmasonería. Yo sabía que sólo le faltaba dar un paso para llegar al punto en que se rasga el velo; en que ya no es posible hacerse ilusiones sobre el fin ulterior de los adeptos ocultos. Para convencerme, quiso llegar hasta allí.

»Pocos días después, le veo entrar en mi casa en un estado indescriptible.

»—¡ Oh, mi querido amigo ! exclama, ¡ cuánta razón tenía V. !... ¡ Cuánta razón tenía V. ! ¿ Dónde estaba yo, Dios mío, dónde estaba ?

»Sentóse, o mejor, dejóse caer en una silla, repitiendo siempre :

»—¿ En dónde estaba yo ? ¿ En dónde estaba ? ¡ Cuánta razón tenía V. !

»Yo hubiera deseado que me informase de lo que ignoraba todavía, pero se contentó con decirme :

»—*Tenía V. razón, pero esto es todo cuanto puedo decirle.*

»Añadió, sin embargo, que si aceptaba lo que le proponían repararía su fortuna arruinada por la Revolución.

»—Si quiero marchar a Londres, me decía, a Bruselas, a Constantinopla, o a cualquiera otra ciudad a mi elección, no tenemos ya más que pedir, ni yo, ni mi mujer, ni mis hijos.

»—Sí, le dije ; pero con la condición de que irá usted a predicar por todas partes la igualdad, la libertad y todo el credo revolucionario.

»—Cabal, murmuró en voz baja. Pero repito que esto es cuanto puedo decir a V. ¡ Ah ! ¡ Dios mío ! ¿ Dónde estaba ?...»

Este pobre hombre se encontraba simplemente en

los altos grados de la Francmasonería exterior, y acababan de enseñarle los naipes al revés.—Echémosles, a nuestra vez, una mirada.

XV.

De la verdadera Francmasonería

La verdadera Francmasonería no es ya la de las logias, ni aun la de los altos grados: es pura y simplemente *la sociedad secreta*. En ella los francmasones arrojan el antifaz; desprecian y rechazan el símbolo a la vez ridículo y perverso de las primeras iniciaciones, y van derecho a su objeto: ¡*Guerra a Dios, a su Cristo y a su Iglesia!* ¡*Guerra a los reyes y a todo poder humano que no esté con nosotros!* Tal es su divisa; tal es su grito de unión. Ya no más Grandes-Orientes, ni Grandes-Maestros; sí sólo una unidad espantosa, realizada por un gobierno oculto, sencilla y sabiamente organizado. «Acordaos, decía el pérfido Mazzini, acordaos de que una *asociación de hombres libres e iguales* (¡siempre la misma fórmula!) que quieran mudar la faz de un país (hubiera podido decir de todos los países) debe tener una organización sencilla, clara y popular (1).»

A la cabeza de todo este ejército tenebroso hay un jefe único y desconocido, que permanece en la sombra, y que tiene en su mano todos los *Talleres* y todas las logias; jefe misterioso y terrible, al cual están ligados, por un juramento de obediencia ciega, todos los francmasones de todo rito y graduación, que ni siquiera saben su nombre, y que

(1) Manifiesto de Abril de 1834.

en su mayor parte dudan que exista. Este hombre diabólico es más poderoso que cualquier rey de este mundo. En el siglo XVIII lo fué por muchos años un obscuro alemán llamado Weishaupt.

El patriarca de las sociedades secretas solamente es conocido de cuatro o cinco adeptos escogidos, que le ponen en relación con una *sección* o *venta* o logia (el nombre importa poco), cuyos miembros ignoran el papel que desempeña entre ellos el lugarteniente del gran jefe. Cada uno de los franc-masones de la gran sección, le representan a su vez en una sección o Venta inferior, siempre ignorándolo los adeptos allí reunidos; y así hasta en las logias más insignificantes de la Francmasonería exterior, hasta en las asambleas masónicas más ajenas en apariencia a las tramas de las sociedades secretas.

En esta jerarquía *submasónica*, cada uno es llevado, sin saber por quién, y ejecuta órdenes cuyo origen y verdadero objeto ignora completamente. Esta es la verdadera sociedad secreta, aun para los que forman parte de ella. Hace unos cincuenta años, faltó poco para que la policía romana capturase al jefe mismo de la gran conspiración: el cardenal Bernetti, Secretario de Estado de León XII, logró apoderarse de una parte de la correspondencia íntima de los jefes de la *Venta suprema*; es decir, de esa primera logia que dirige por sí mismo el gran jefe. Uno de estos malvados estaba agregado a la persona del príncipe de Metternich, primer ministro del emperador de Austria, que había puesto en él toda su confianza. Su nombre de guerra era *Nubius*. Otro era un judío que había tomado el nombre de *Pequeño-Tigre*. La correspon-

dencia de un tercero descubría a un rico hacendado de Italia, que en aquella época era el centro de la gran conspiración.

Para distinguir la Francmasonería oculta se la llamó *Carbonarismo*, que también es uno y universal, y forma «la parte militante de la Francmasonería». Ignórase el número de sus adeptos.

El H.°. Luis Blanc admira la organización del Carbonarismo, calificándolo de «poderosa y maravillosa». Convínose en que al rededor de una asociación-madre (¡qué madre, Dios mío!), llamada *Alta-Venta*, se formarían, con el nombre de *Ventas centrales*, otras asociaciones bajo las que obrarían las *Ventas particulares* (*Venta* quiere decir reunión). Se fijó en veinte el número de miembros de cada asociación, para escapar al Código penal. La *Alta-Venta* se nombraba ella misma.

«Para formar las *Ventas centrales*, dice el H.°. Luis Blanc, se adoptó el medio siguiente: Dos miembros de la *Alta-Venta* se agregaban un tercero sin hacerle confidencia de la cualidad que revestían, y le nombraban *Presidente* de la *Venta* futura, tomando ellos mismos, uno el título de *Diputado*, y el otro el de *Censor*. Como el oficio de *Diputado* era relacionarse con la asociación superior, y el del *Censor* examinar la marcha de la asociación secundaria, la *Alta-Venta* venía a ser por este medio como el cerebro de cada una de las *Ventas* que creaba, quedando para con ellas dueño de su secreto y de sus actos... Había en esta combinación una admirable elasticidad (la de la serpiente). Pronto las *Ventas* se multiplicaron hasta lo infinito.»

El H.°. Luis Blanc añade con la ingenuidad de un niño endiablado: «Ya se había previsto la

imposibilidad de burlar completamente las pesquisas de la policía (1); y para disminuir su importancia, se convino en que las *Ventas* obrarían en común, pero sin conocerse unas a otras, y de modo que la policía, penetrando en la *Alta-Venta*, no pudiese coger sino el conjunto de la organización. En consecuencia se prohibió a todo *carbonario* de una *Venta* el pretender introducirse en otra. *Esta prohibición era sancionada con la pena de muerte.*

«Los deberes del *carbonario* eran: tener un fusil y cincuenta cartuchos (precaución eminentemente filantrópica); estar dispuesto a sacrificarse; a obedecer *ciegamente* las órdenes de los jefes desconocidos (2).»—Esta formidable organización, que nos descubre el H. . Luis Blanc, había sido combinada en la *Logia de los Amigos de la verdad*.

Vemos, pues, detrás de la logia la traslogia; detrás del francmasón Aprendiz, Compañero, Maestro, y aun detrás de los francmasones de los altos grados, se esconde el francmasón *carbonario*, el hombre de la sociedad secreta y de las *Ventas*. Las logias que la Francmasonería manifiesta, encubren a todas las miradas las traslogias; los grados encubren los grados secretos: la doctrina reconocida oculta la doctrina misteriosa; los ritos y ceremonias grotescas ocultan las tramas tenebrosas; los ridículos secretos se inventaron sólo para mejor encubrir el verdadero secreto; en una palabra, la

(1) Para mejor lograr su objeto, y para atraerse a los militares, la secta había añadido a la organización común de las *Ventas* una organización militar; o más bien denominaciones militares, como *Legiones, Cohortes, Centurias, Manipulos*; presentando ya la una, ya la otra, según las necesidades del momento.

(2) *Historia de diez años*, tomo I.

Francmasonería pública encubre la Francmasonería secreta.

Existe unión íntima, pero oculta, entre la Francmasonería y el Carbonarismo. Aquélla es el cuerpo, éste el alma; la una es el ejército de soldados, el otro el de los jefes; la primera es llevada, el otro lleva, dirige, gobierna.

Tal es la inocente Francmasonería que se finge calumniada por la Iglesia.

XVI

Horribles excesos a que se entregan los francmasones de las traslogias

Muchos de estos sectarios no retroceden ante el sacrilegio ni ante el asesinato. Durante los disturbios de 1848 se descubrieron en Roma varias reuniones nocturnas, entre otras una en el *Transtevere*, en la que se reunían hombres y mujeres para celebrar lo que llamaban «la misa del diablo». Sobre un altar alumbrado por seis cirios negros colocaban un copón, en el cual cada uno de los presentes, después de escupir y pisotear un Crucifijo, iba a meter una hostia consagrada, que había ido a recibir por la mañana en alguna iglesia, o había comprado a alguna vieja malvada por dinero, como Judas. Luego se efectuaba no sé qué diabólica ceremonia, que terminaba con la orden de que todos sacasen su puñal, y subiendo al altar acribillasen a puñaladas el Santísimo Sacramento. Después se apagaban los cirios.

Tan sacrílegas prácticas son muy comunes entre los francmasones de Italia y Francia, y últimamen-

te se ha descubierto en este último país la existencia de una especie de Submasonería enteramente organizada, con el exclusivo objeto de buscar los medios de destruir la fe del modo más eficaz y seguro. La secta se divide en fracciones de doce a quince individuos tan sólo, para no llamar la atención. Sus adeptos se reclutan entre hombres de letras, o que por su posición social, talento o fortuna ejerzan alguna influencia a su alrededor. Los jefes de sección no residen en los lugares de reunión, sino en París, su centro de acción. ¡Cosa horrible! Cada adepto, para ser admitido, ha de traer en el día de su iniciación una Hostia consagrada, y pisotearla delante de sus Hermanos. Se me ha asegurado que esta secta infernal existe ya en la mayor parte de las grandes ciudades de Francia; y me han citado como absolutamente cierto París, Marsella, Aix, Avignon, Lyon, Châlons-sur-Marne y Laval.

Me han asegurado también, como viniendo de un testigo auricular, venerable sacerdote muy fidedigno, la verdad del hecho siguiente, que no es sino la repetición de crímenes de igual índole, perpetrados con frecuencia en Italia de veinte años a esta parte.

Un joven se había hecho iniciar en la Francmasonería, y parece que le hallaron muy pronto *maduro* para grandes empresas. De la logia pasó a la traslogia, y el mejor día fué designado para que hiciera desaparecer una víctima de la secta. Vióse obligado a perseguirla por todas partes, hasta que pudo alcanzarla en América. Volvió a Francia atormentado por los remordimientos, y medio decidido a no volver a tomar parte en los *trabajos* de la Francmasonería secreta. Pronto, sin embargo, se

le intimó una nueva orden de asesinato, una segunda venganza. Esta vez se rebeló su corazón, y resolvió librarse, por medio de la fuga, de esta tiranía del puñal.

Abandona furtivamente París, dirigiéndose de incógnito a Argel; pero apenas llegado a Marsella, recibe en la fonda un billete *fraternal* que decía: «Sabemos tu proyecto; no nos escaparás: Obedecer, o morir.» Lleno de terror, vuelve atrás, y se detiene en Lyon en una humilde posada. Transcurrida media hora, un desconocido le trae otro billete que decía casi lo mismo: «¡Obedecer, o morir!»

Sale precipitadamente de la ciudad, y con el alma llena de arrepentimiento y de terror va por sendas extraviadas a buscar un refugio en el monasterio de Trapenses cerca de Belley. Al día siguiente, el mismo billete y la misma amenaza: «Te seguimos; en vano tratas de escaparnos.»

En fin, sin tino y fuera de sí, y sabiendo por experiencia que la secta jamás perdona, fué por consejo de uno de los Padres Trapenses a consultar al sacerdote que refiere todo esto, quien encontró medio de hacer perder la pista a sus terribles perseguidores, confiándole al cuidado de unos intrépidos misioneros (1).

(1) No ha mucho, la hija de un francmasón confirmaba, por una inocente indiscreción, la verdad de estos procederes inexorables. Esta niña, de doce años de edad, había oído muchas veces a su padre hablar de la Francmasonería y declararse miembro suyo. Gracias a la influencia de su buena madre, entró como pensionista en un colegio de Religiosas, en donde tuvo más de una ocasión de repetir delante de sus compañeras, de las Religiosas y del capellán de la casa, estas palabras recogidas de la boca de su padre: «Si alguno de nosotros descubre el secreto que en la Francmasonería se le ha confiado, es perseguido hasta el último confín de la tierra, y se le hace desaparecer, sin que la policía, ni nadie, sea capaz de descubrir su paradero.»

Este hecho espantoso no es sino la ejecución literal de las instrucciones precisas que rigen hoy día en la secta. He aquí algunos de los artículos de esta constitución secreta, redactada por Mazzini:

«Art. XXX. Los que no obedecieren las órdenes de la sociedad secreta, o bien descubriesen sus misterios, morirán irremisiblemente bajo el puñal. Igual castigo sufrirán los traidores.

»Art. XXXI. El tribunal secreto fallará la sentencia, y designará uno o dos afiliados para que la ejecuten inmediatamente.

»Art. XXXII. El que se negase a ejecutar lo mandado será tenido por perjuro, y, como tal, muerto en el acto.

»Art. XXXIII. Si el culpable huye, será perseguido sin tregua ni descanso en todo lugar, y deberá ser muerto por una mano invisible, aunque se hallase en el regazo de su madre, o en el tabernáculo de Cristo.»

¡Después de todo esto, afiliaos en la Francmasonería!

XVII

Lo que los Hermanos de las traslogias piensan, dicen y se proponen hacer de sus queridos Hermanos externos

Oigámosles: «Las logias, dice el famoso *Pequeño-Tigre*, pueden hoy día crear glotones, pero nunca crearán *ciudadanos*. Se come demasiado en casa de los M.°. G.°. y los M.°. R.°. H.°. de todos los Orientes; pero es como un *lugar de depósito*, una especie de *yeguada*, un centro que debe *atravesarse para llegar hasta nosotros*... Esto es dema-

siado pastoral y gastronómico, pero tiene *un objeto que debe ser alentado sin cesar*. Enseñando el manejo del arma vaso en mano, se conquista la voluntad, inteligencia y libertad del hombre (y «los hombres libres, los *Franc-Masones*», ¿qué es de ellos?) Se dispone de él, se le dan vueltas, se le estudia. Se adivinan sus inclinaciones, sus afecciones y tendencias; *cuando está maduro para nosotros*, se le dirige hacia la sociedad secreta, para lo que sólo puede ser la Francmasonería una antesala mal alumbrada (1).»

Un francmasón que rechace de buena fe todo pensamiento de afiliarse en las sociedades secretas, es simplemente un masón tonto, que no está maduro todavía. Es una especie de hombre de bien «a quien se dan vueltas» para asarlo en el fuego sagrado. Sin duda es muy digno de alabanza por no dejarse asar y no querer madurar, pero no por esto está menos sujeto a las traslogias, y de buen o mal grado tendrá que andar o morir a la primera señal.

¡Entrad, entrad en el depósito! ¡Escoged vuestro puesto en la yeguada! ¡Id a aprender el manejo del arma con vuestro vaso! ¡Pobres ilusos que no veis los abismos sangrientos en cuya resbaladiza pendiente os hacen cantar y comer!

XVIII

Como los francmasones de las traslogias explotan a los príncipes y nobles que entran en la Francmasonería

Dejémosles también a ellos la palabra, y convenzámonos una vez más de la unión fatal que existe entre la Francmasonería exterior y la secreta.

(1) Carta a la *Venta piamontesa*, 18 de Enero de 1822.

Una de las notas secretas que cayeron en poder de la policía romana en tiempo de León XII, se expresa del siguiente modo, hablando de los príncipes francmasones: «El ciudadano de la clase media tiene cosas buenas, pero el príncipe mucho más. La Alta-Venta desea que bajo cualquier pretexto sean introducidos en las logias masónicas el mayor número posible de príncipes y ricos. No faltan de éstos en Italia y en otras partes, que aspiren al honor modesto de los simbólicos mandil y llana. Halagad a esos ambiciosos de popularidad; ganadlos a la Francmasonería; la Alta-Venta verá más adelante lo que pueda hacer de ellos por la causa del *progreso*. Un príncipe sin esperanzas el reinar es para nosotros una buena fortuna. ¡Hay tantos en este caso! Convertidlos en francmasones: *servirán de reclamo a los imbéciles, a los intrigantes, a los ciudadanos y a los necesitados*. Esos pobres príncipes harán nuestro negocio, creyendo trabajar únicamente en el suyo. *¡Esa es una magnífica insignia!* (1)»

Más que una insignia, es una protección muy eficaz. Los mismos francmasones nos lo dicen: «La entrada de los soberanos en la Orden es de muy buen augurio, dice el H.°. Jeder (2). Aunque ellos no puedan contribuir a la construcción del Templo masónico, aunque debamos sufrir el espectáculo de insignias brillantes colgadas en sus pechos, *son muy preciosos para la Orden, sea por sus riquezas, sea por su inmensa influencia*. Por libres que puedan aparecer, las asociaciones secretas están todavía sujetas a las disposiciones de la clase superior;

(1) Carta a la Venta piamontesa.

(2) Historia de la Francmasonería, pág. 149.

no pueden desarrollarse sino a los rayos del sol, en un cielo sin nubes. Allí donde el príncipe frunce el ceño, es por demás querer elevarse, *mientras se navega a toda vela desde que se levanta de la Corte una brisa favorable*. ¡Ojalá nuestros augustos huéspedes continúen siempre *mudos e inactivos como la muñeca de Martín!*»

Es imposible reírse de la gente más libremente.

Los «pobres príncipes», los altos personajes, los hombres acaudalados, se han dejado coger en las redes.

«Gracias al hábil mecanismo de la institución, la Francmasonería encontró en los príncipes y en los nobles menos enemigos que protectores. Plugo a soberanos como Federico el Grande tomar la llana y ceñirse el mandil. ¿Y por qué no? *Ocultándoseles cuidadosamente la existencia de los altos grados, solamente sabían de la Francmasonería lo que podía enseñárseles sin peligro*. No se habían de ocupar de ello, *retenidos como estaban en los grados inferiores*, en los que no veían más que una ocasión de divertirse, alegres banquetes, principios dejados y vueltos a tomar en el umbral de las logias, fórmulas sin aplicación a la vida ordinaria; en una palabra, una comedia de igualdad. Pero en estas materias la comedia se convierte en drama, y los príncipes y nobles tuvieron al fin que *cubrir con su nombre y servir ciegamente con su influencia las empresas ocultas dirigidas contra ellos mismos*.» Es otro masón quien atestigua esto (1).

Además encontramos en el Ritual escocés la fór-

(1) El H. L. Luis Blanc: *Historia de la Revolución francesa*, tomo II, págs. 82 y 83.

mula del juramento con el que los Maestros se comprometen a ocultar aun a sus Grandes-Orientes lo que éstos no deben saber: «Juro y prometo no revelar a persona alguna lo más insignificante de nuestros misterios; *ni siquiera al Maestro de toda la Orden*, mientras no lo vea reconocido en una Alta-Logia.»

No cabe duda que (a excepción de Luis Felipe-Igualdad) ningún soberano, ningún personaje oficial, al hacerse francmasón, ha sido, es, ni será «reconocido por las Altas Logias». En la lista de los Grandes-Maestros o protectores de la Orden se ve figurar al príncipe Luis de Borbón (en 1743), al marqués de Larocheffoucauld (en 1777), al duque de Luxemburgo (en 1784), a José Bonaparte, rey intruso de España (en 1805), al príncipe de Cambacères (en 1807), al duque de Choiseul (en 1827), al duque Decazes, al rey Luis Felipe, a lord Palmers-ton, a Leopoldo I de Bélgica, al príncipe Luciano Murat, al conde de Cavour, etc.; y en estos últimos años el *Anuario masónico* indica entre los Grandes-Maestros, a Jorge V de Hannover, al Rey de Suecia, al gran duque de Hesse-Darmstadt, al príncipe Federico de los Países-Bajos, y al gran duque de Hesse. El Rey de Prusia es el protector de toda la Francmasonería alemana.

Estos «augustos huéspedes» de la Francmasonería la conocen, pues, mucho menos que nadie. A ellos se oculta con más cuidado el verdadero objeto y espíritu de la secta. Conocen sus estatutos; pero esos estatutos sólo se han hecho para engañar a los incautos que se creen iniciados, y sobre todo para adormecer a la Autoridad pública. Protegiendo la Francmasonería, creen evidentemente los prínci-

pes masones que protegen una cosa buena, y más aún, que se protegen a sí mismos.

A veces, sin embargo, entran en recelos y sospechas, y amenazan suprimir la Orden, pero fácilmente se calman sus inquietudes. «Ha sucedido a veces, dice el H. .°. Ragón, que al presentarse los delegados del Gobierno un día de sesión o fiesta masonica para suprimir, en nombre del soberano, la Francmasonería en sus Estados, los Oficiales de la logia los recibían muy bien, y con toda candidez les decían: «Venid, oíd y juzgad.» ¿Acaso los iniciaban al grado de *Elegido* o de *Kadosch*, o de *Rosa-Cruz*? *Ya se guardaban bien...* Se les recibía en el grado de *Aprendiz*; fraternizaban con los francmasones, y mediante su informe, se anulaba la supresión (1).»

En realidad, la suerte que la Francmasonería, la verdadera Francmasonería reserva a los príncipes y nobles el día que sea ella la más fuerte, es la siguiente: «Los príncipes, los santurrones y la nobleza, estos enemigos implacables del género humano, *deben ser exterminados* (nada menos), y sus bienes entregados a los que por su talento, ciencia y virtud (es decir, a nosotros francmasones) son los *únicos* que tienen el derecho y el poder de gobernar a los demás. (¿Y la igualdad y la libertad?) Contra esos enemigos del género humano, *tenemos todos los derechos y todos los deberes. Si; todo es permitido para acabar con ellos: la violencia y la astucia, el fuego y el hierro, el veneno y el puñal; el fin santifica los medios* (2).»

(1) *Curso filosófico e interpretativo de las Iniciaciones antiguas y modernas*, pág. 44.

(2) El H. .°. Fichte: *La Masonería alemana y universal; advertencia suplementaria*, pág. 45.

La Francmasonería, pues, ama a los príncipes, los nobles y los ricos, como el lobo a los corderos; y los príncipes, nobles y ricos afiliados en la Francmasonería, lejos de ver lo que pasa en las traslogias, no ven siquiera lo que pasa en las logias. En ellas se les ve a ellos, y sobre todo se les enseña a los demás: se les pone delante como «magníficas enseñanzas», para atraer parroquianos. Si escuchasen a la Iglesia, no caerían en la trampa.

XIX

Organización pública de la Francmasonería exterior

Esta organización nada tiene de común con la Francmasonería oculta. El Carbonarismo o Francmasonería secreta es uno y universal por esencia, y tiene un solo jefe, al cual no conoce. La Francmasonería exterior no es una y universal más que en el fondo, pues en la forma es múltiple.

Limitándome al G. . O. . de Francia, diré que el Gran Maestro tiene bajo su obediencia las Logias y Talleres de todos los francmasones que no reconocen el rito Escocés ni el Misraim. Está asistido por un numeroso Consejo, compuesto casi todo de personajes conocidos e importantes. Las Logias y Talleres están divididos por provincias u Orientes. Así los decretos del Gran-Oriente llegan a todos los Hermanos por vía jerárquica.

Pero, nótese bien, esto no es más que la Francmasonería exterior, que no tiene el carácter conspirador de la otra; pudiendo añadir que si alguno de los grandes dignatarios de la Orden son iniciados

en los odiosos misterios del Carbonarismo, esto es aparte de su autoridad.

La mayor parte de las logias llevan nombres increíbles. El *Anuario universal de la Francmasonería francesa y extranjera* que se imprime en Châlons-sur-Marne, y se publica en París, en casa del H. . Pinon, contiene la enumeración de todos esos Talleres y Logias, con los nombres y domicilios de los Venerables, de los dignatarios grandes y pequeños; H. . Primeros-Vigilantes, H. . Introdutores, H. . Maestros de Ceremonias, H. . Sacrificadores, H. . Oradores, H. . Maestros de banquetes, etc. También se leen los nombres y domicilios de los Caballeros-Kadosch, Rosa-Cruz, de San Andrés, del Sol, etc., exceptuando, no obstante, algunos que la prudencia ha dejado en la obscuridad, entre otros el del tristemente célebre Renán.

En París hay *setenta y una* logias divididas en cuatro secciones, que se reúnen casi todas una vez al mes en días fijos que marca el *Anuario*.

En estas reuniones se efectúan los famosos ágapes, los fraternales banquetes de los dos solsticios (Junio y Diciembre), que constituyen para el vulgo toda la Francmasonería. Allí se hacen también las cuestaciones destinadas a los miembros indigentes. La Francmasonería enaltece mucho su filantropía, pálida caricatura de la verdadera caridad. Únicamente la Iglesia sabe amar a los pobres con verdadera caridad.

En los Departamentos hay *doscientas cinco* logias; en la Argelia y en las Colonias, *veintiocho*. ¡Total, *trescientas cuatro* logias que trabajan bajo una sola obediencia para la gloria del Gran Arquitecto y salvación de las almas!!! El G. . O. . de

Francia dirige, además, *treinta y cuatro* logias en países extranjeros.

He aquí los nombres de logias que se leen con mayor satisfacción: la logia de los *Admiradores del Universo*; la de los *Filántropos Celosos*; de *San Antonio del perfecto Contento*; de los *Amigos triunfantes*; de la *Clemente Amistad Cosmopolita*; de los *Discípulos de Memphis*; de la *Rosa del perfecto silencio*; de la *Colmena filosófica*; de los *Trinósofos de Bercy*, etc. En las provincias, para no ser menos, se ven florecer las logias del *Candor*, del *Valle del Amor*, de *Sencillez-Constancia*, de *Escuela de la virtud*, de las *Virtudes reunidas*, etc.

Los ritos Escocés y Misraim bautizan sus logias con nombres menos ridículos. El rito Escocés contaba en 1866 con *noventa y ocho* logias: *treinta y cuatro* en París, *cuarenta y tres* en los departamentos, y *veintiuna* en Argel y el extranjero. El rito Misraim parece menos próspero, a lo menos según el *Anuario* que tenemos a la vista.

Todos los ritos de la Francmasonería exterior no forman, repito, sino una sola secta, y en el *Anuario* vemos la lista de los diputados de todas esas Obediencias cerca del Supremo Consejo del Gran Oriente de Francia, y cerca del que pertenece al rito Escocés; y es evidente que los francmasones de todo el universo corresponden también directamente unos con otros. Es un tejido inmenso de hilos entrelazados, bien que distintos y a veces enemigos.

«Aunque desparramados por toda la haz de la tierra, dice el Ritual, nuestros Hermanos no forman sino una comunidad. Todos están iniciados en los mismos secretos, todos siguen el mismo camino, son dirigidos por la misma Regla, y en fin les ani-

ma un mismo espíritu (1)... A cualquier rito reconocido que pertenezca un francmasón, es H.°. de todos los francmasones del globo» (2).

XX

Si la Francmasonería ama a los pobres, como pretende

Acabamos de hablar de cuestaciones y beneficencia, y la Francmasonería ha logrado ciertamente por todas partes darse tono de institución caritativa, buena, eminentemente bienhechora y filantrópica. ¿La Iglesia se dice Madre de los pobres? Yo soy su madre, dice a cada paso la Francmasonería. —¿Dice verdad?

La Francmasonería es tan *franca* en esto como en todo lo demás; y cuando habla con sinceridad, se le escapan, respecto a los pobres, confesiones irritantes.

El citado H.°. Ragón, flor y nata del espíritu masónico, llama a los francmasones pobres: «*asquerosa lepra* de la Francmasonería en Francia (3)», y recomienda con ahinco a todas las logias la regla de caridad dada por el H.°. Bournonville: «No presentéis en la Orden más que hombres que puedan presentaros la mano, pero no tendérosela.»

Otro Hermano, también muy competente, el H.°. Bazot, habla de los indigentes con unción no menos evangélica: «Al francmasón mendigo, dice, os lo

(1) Grado de Anciano.

(2) Reglamentos generales de la Francmasonería escocesa, artículo 2.

(3) *Curso filosófico e interpretativo de las Iniciaciones antiguas y modernas*, pág. 368.

encontráis sin cesar en vuestra casa, en la calle, en las logias; es un *genio maléfico* que os acosa por todas partes y a todas horas. Nada puede libraros de ese importuno, y su insolencia no conoce límites ni obstáculos. Topáis en él cuando os levantáis, en vuestros negocios, a vuestra comida, cuando salís, en todas partes. Más valdría encontrar su mano armada de un puñal: al menos podríais oponer vuestro valor al hierro asesino. Armado tan sólo con su título de francmasón, os dice: Soy francmasón; dadme algo; soy vuestro Hermano, y vuestra ley os manda ser caritativo. Dadme, o de lo contrario publicaré que sois un mal Hermano.

«¡Dad, francmasones! prosigue el *buen* Hermano, pero preparaos a dar sin descanso: la *emboscada* es permanente.» (¡ La emboscada !) ¡ Qué palabra ! (¡ Qué cinismo !)

«La culpa de esto la tienen las logias. Si éstas no recibiesen en la asociación fraternal (¡ !) más que hombres honorables (de modo que para ser *honorable* es preciso ser rico), de posición independiente por su fortuna o su trabajo, bastaríales a ellas y a todos los francmasones aliviar infortunios pasajeros (1).»

Esto se llama amar cordialmente a los pobres; ésta es la verdadera, la buena fraternidad. ¡ Pobre filantropía ! Por más que prescribas cuestaciones y des dinero, no eres ni sombra de la caridad; no tienes corazón !

(1) *Código de los francmasones*, págs. 176 y 177.

XXI

Que la Francmasonería es un poder temible

Su organización secreta y pública basta para probarlo hasta la evidencia. Pruébanlo también sus hechos; y por la pluma indiscreta de sus más fervientes adeptos, se gloria de haber sido, de un siglo acá, la causa ignorada, pero real, de las grandes perturbaciones religiosas que han llenado de espanto al mundo entero, y en particular la Europa.

Con pruebas en la mano, gloriábase de haber engendrado el filosofismo revolucionario del último siglo, y de haber tenido por órganos a Voltaire, Helvecio (1), Rousseau, Diderot, d'Alembert, Condorcet, Mirabeau, Sieyes, La-Fayette, Camilo Desmoulins, Dantón, Robespierre, Marat, Santerre, Petión, etc. Jáctase también de haber herido de muerte a la monarquía cristiana en la persona del infortunado Luis XVI y de la reina María Antonieta, y de haber promovido en Francia la sangrienta Revolución del 89 y del 93. «Cuando *del fondo de las*

(1) Al morir el materialista y ateo Helvecio, su viuda devolvió sus insignias a la logia *de las Nueve Hermanas*, a la que había pertenecido. Se ofreció a Voltaire el *mandil* de Helvecio, y Voltaire, el *gran* Voltaire, antes de ceñírselo lo besó religiosamente como una reliquia. Voltaire, que se llamaba a sí mismo *Christ-Moque* (mofador de Cristo), no se contentó con haber sido recibido francmasón en Inglaterra; su conciencia y su piedad no estuvieron satisfechas hasta que se vió iniciado en la Francmasonería francesa. En ella fué admitido el 7 de Abril de 1778, siete semanas antes de su muerte, sin duda como preparación próxima. Fué aclamado desde luego como perfecto francmasón y dispensado de las pruebas, porque, decían los Hermanos, «sesenta años consagrados a la virtud y al genio, lo habían dado a conocer bastante.»

logias (decía el H. ' . Bremond al O. ' . de Marsella) salieron estas tres palabras: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD, la Revolución quedó hecha.» Y otro francmasón, iniciado desde su juventud en los grados más altos de la secta en Prusia, el conde de Taugwitz, hacía en 1822 la siguiente declaración: «He adquirido la firme convicción de que el drama comenzado en 1788 y 1789, el regicidio con todos sus horrores, no solamente *había sido resuelto en las logias*, sino que *era el resultado de las asociaciones y de los juramentos.*» En fin, el Gran Capítulo de los francmasones alemanes, alegrándose de ver los estragos de la incredulidad y de la rebelión, que desde Francia se habían propagado ya por toda Europa y hasta por América, exclamaba triunfante en 1794: «Nuestra Orden ha revolucionado los pueblos de Europa por muchas generaciones.»

La mayor parte de los revolucionarios tan profundamente impíos de 1830 eran francmasones. Lo mismo sucedió en 1848; sólo que por táctica el lado anticristiano fué mucho más disimulado que en los trastornos precedentes.

Casi todos los corifeos de la impiedad contemporánea han pertenecido a la Francmasonería: Mazzini, Garibaldi, Kossuth, Juárez, etc. De este modo la Francmasonería declara altamente ser ella la que prepara y determina en la obscuridad la destrucción del Catolicismo en Italia, Alemania, Austria, Bélgica, España, Portugal y Méjico. En todas partes ocupa los puestos más importantes; penetra en todos los ejércitos y altos cuerpos del Estado, y dirige la mayor parte de los periódicos: da el impulso que quiere a la mayor parte de los Gobiernos, y su divisa universal es: «¡Abajo la Iglesia! ¡Abajo la

Autoridad ! ¡ No más sacerdotes ! ¡ No más Cristo !
¡ No más Dios ! » Esto es lo que la Francmasonería
entiende bajo esa palabra mágica de *libertad*, que
hace relumbrar ante los ojos ofuscados de todos los
pueblos, como hizo la serpiente del Edén al mostrar
a Eva la hermosura de la fruta prohibida.

La misma Francmasonería se declara en vía de
progreso y plena prosperidad. Hace poco decía por
medio de uno de sus periódicos : « Sintomas que no
pueden engañarnos demuestran la proximidad del
día en que la influencia y el poder de la Francmaso-
nería tomarán un desarrollo considerable en el mun-
do. La Francmasonería comprende, de cada día
más, la importancia de su misión, y rechaza las ta-
paderas en que la tenían oculta las necesidades de
otros tiempos. Sabe lo que significa su divisa, y
pronto, despojándose de los últimos pliegues de un
vago misticismo, proclamará como principio y base
de su instituto *la independencia absoluta de la con-
ciencia*... Alegrémonos del triunfo obtenido por los
esfuerzos de nuestros Hermanos : por todas partes
aparece el signo luminoso del Eterno Jehovah (1). »

¿ Quién es este « Eterno Jehovah » cuyo signo apa-
rece en todas partes, gracias a los francmasones ?
Vamos a verlo.

XXII

**La Francmasonería, por más que diga, es esencialmente
impía, anticristiana y atea**

¡ Cuidado en equivocarse : el Dios que la Franc-
masonería venera bajo el extravagante nombre de

(1) *Mundo Masónico*, Agosto de 1866 y Febrero de 1867.

Gran-Arquitecto de todos los mundos, no es el Dios vivo, único verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a quien adoramos; no es nuestro Criador, Señor y Salvador Jesucristo, Dios hecho hombre, único y verdadero Dios. Es el Dios de Voltaire, el Ser supremo de Rousseau, de la Convención y de Robespierre; es el Dios de los teofilántropos, el Dios de los fatuos cantado por Beranger, el Dios de Renán y de Garibaldi, el Dios de la religión del *hombre de bien*, el Dios que no existe. De modo que afectan no tener en cuenta alguna la revelación y la venida de Jesucristo al mundo: rechazan la era cristiana, y en todas sus publicaciones cuentan los años desde la creación del mundo. Esta negación del Cristianismo sería pueril si no fuera impía.

La Francmasonería solamente habla de Dios para no asustar a las masas. Con este mismo fin se reviste pérfidamente de ciertas apariencias de Religión; tiene sus ceremonias y ritos; confiere un bautismo a su modo; tiene un matrimonio masónico, un ceremonial para los entierros, etc.; todo esto mezclado con invocaciones, bendiciones, incensaciones, consagraciones (1), en una palabra, con una apariencia de culto. Todo esto no más que para el vulgo.

Mas en cuanto a los francmasones de casta, en cuanto a los verdaderos francmasones, no se paran en barras, y reniegan abiertamente del Cristianismo. Los otros, los que todavía no están *maduros*, conservan a menudo, con el nombre de Dios, un sentimiento vago de Religión, que en nada sujeta la conciencia, y que causa lástima a los primeros. Nadie

(1) Véase el *Ritual masónico*.

ignora que en la práctica el deísmo se parece en todo al ateísmo; es un ateísmo respetuoso y latente. Pues bien, la Francmasonería es deísta en este sentido, cuando no francamente atea. Por esto las logias alemanas hicieron la siguiente declaración: «Los francmasones deístas están *por encima* de las divisiones religiosas. No solamente hemos de colocarnos encima de las diferentes religiones, sino más bien *sobre toda creencia en un Dios cualquiera* (1).»

En Francia hablan como en Alemania. Es el grito del corazón. El *Mundo Masónico* decía al discutir el primer artículo de los estatutos de la Francmasonería, en el que se trata de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma: «¡Y qué! se dirá, ¿nada debe exigirse de un hombre para que sea digno de ser francmasón? — Nada, solamente que sea hombre honrado. — ¿Rechaza la idea de Dios? — Presentadle una que satisfaga su razón. — ¿Duda de la vida futura? — Probadle que la nada es contradictoria. — ¿Desconoce las bases de la moral? — ¡*Qué importa*, si vive y obra como si las admitiera (2)!»

La Francmasonería, sea deísta o atea, es, pues, la negación absoluta de la Religión. No lo digo yo; lo dice Proudhón, el H. . Proudhón: «La Francmasonería, escribe, es *la negación misma del elemento religioso*.» Ella no quiere ni Dios ni Religión; quiere excluirla de la educación, de las costumbres públicas y privadas, de la vida humana y de la muerte. Sus escritores más graves, sobre todo los modernos, están a la cabeza del repugnante movimiento de ateísmo y materialismo que se nota de

(1) *Gaceta de los francmasones*, 15 de Diciembre de 1866.

(2) Septiembre de 1866.

algunos años a esta parte; aclaman satisfechos las más atrevidas producciones anticristianas, como los periódicos *La Moral independiente*, *El Libre pensamiento*, *La Libre Conciencia*, *La Solidaridad*. «Damos la bienvenida, decía un periódico francmasón, a todos nuestros nuevos colegas, muchos de cuyos redactores son antiguos amigos, y consignamos con placer que todos esos periódicos están, sin excepción, dirigidos por francmasones, y que éstos forman la mayoría de sus redactores (1).»

En Bélgica como en otras partes, la Francmasonería es la que engendra esa abominable secta de los *solidarios*, así llamada porque se comprometen mutuamente por pacto formal a vivir sin Religión, y a morir sin sacerdote, como perros.

Que haya uno que otro francmasón que no caiga en tal exceso de irreligión, poco nos cuesta creerlo; pero tocante a la Francmasonería en sí misma, diga cuanto quiera, es una institución esencialmente impía, anticristiana y atea.

XXIII

Como la Francmasonería se consuela de sus penas rindiendo culto al sol

Sí, señores; al sol, a la luna y a las estrellas.

En nombre de la ciencia y del progreso de las luces que tiene siempre en la boca, la Francmasonería pretende que «Dios no se ha demostrado, ni puede demostrarse»; que la moral cristiana, que se funda en el temor y amor de Dios, es ridícula, inútil e inmoral; que Nuestro Señor, o bien no ha

(1) *Mundo Masónico*, Noviembre de 1866.

existido, o bien ha sido un hombre como cualquier otro ; que ha llegado ya el tiempo de acabar con la Iglesia, con el Papa y con los sacerdotes. Y ¡ cosa curiosa ! por los senderos de lo que se llama ciencia, y por el progreso de las *luces*, llega la Francmasonería a tal grado de estupidez, que no podría creerse si no lo atestiguasen sus mismos adeptos. ¿ Sabéis cuál es en el fondo el Dios hacia el cual vuelven sus miradas ? ¡ Es el sol ! Sí, el sol, como esos brutos con figura de hombre que a veces se encuentran en las esferas más bajas de nuestra sociedad descristianizada.

Ved sino lo que sin quitar ni añadir una sola letra dice el Muy-Respetable (!) al nuevo elegido para el grado de Maestro en el acto de su iniciación : « El Adoniram de la Francmasonería, lo mismo que Osiris, Mithra, Baco y todos los dioses celebrados en los antiguos misterios, *es una de las mil personificaciones del sol*. Adoniram, en efecto, significa en hebreo vía elevada, lo que designa la posición del sol respecto a la tierra... En todas las ceremonias que se celebran en las logias, *encontraréis constantemente el mismo pensamiento*. Así, nuestra asociación se ha puesto bajo la invocación de San Juan, *es decir, de Jano, el sol de los solsticios*. Por esto celebramos la *fiesta de nuestro Patrono* en los dos solsticios del año (21 de Junio y 21 de Diciembre) con un ceremonial completamente (g)astronómico. La mesa a que nos sentamos tiene la forma de herradura, y representa la mitad del círculo del zodiaco ; y en *los trabajos de las mesas (sic)* ofrecemos siete libaciones en honor de los siete planetas. »

El H. . Rebold dice que los milagros y los he-

chos de la vida de Jesús deben explicarse como «apariencias solares». El H. . Gran-Canciller Renán declara en la *Revista de ambos Mundos* (15 de Octubre de 1863), que «el culto del sol es el único racional y científico», y que «el sol es el Dios particular de nuestro planeta!!»

¡ El culto del sol ! ¡ He aquí la última palabra de esas sublimes inteligencias que sólo hablan de progreso, de luces, de ciencia ; y que modestamente se intitulan «Príncipes sublimes de la verdad» ! ¡ He aquí la *piadosa* interpretación del Evangelio de San Juan, que hemos visto poner a los ojos del profano en las primeras pruebas del Aprendiz ! ¡ He aquí la famosa «luz», «las llamas purificadoras» que el Venerable da generosamente al Aprendiz ! ¡ He aquí el significado de la «estrella flamígera» y de la banda azul ! El culto del sol, el culto degradante de la materia, el Dios-Naturaleza, o por mejor decir, un ateísmo tanto más vergonzoso cuanto se cubre con el velo de la moral y de la beneficencia, y que no solamente es impío, sino hipócrita : ¡ qué castigo para el orgullo de esos espíritus fuertes !

¡ Y aun se atreve la Francmasonería a llamarse «el origen y la fuente de todas las virtudes sociales» (son palabras del H. . Ragón), y aún más : la más pura filosofía, el origen de las fábulas de todos los cultos (*sic*), el pozo en el que parece haberse refugiado la verdad !!! ¡ Qué impudencia !

De este pozo tenebroso salen, hace dos siglos, tantas blasfemias, impiedades, negaciones atrevidas, mentiras y calumnias contra la Iglesia ; tantos trastornos, destrucciones, instituciones sordamente ateas, que amenazan con la ruina total de la civilización cristiana ! De ese pozo han brotado particu-

larmente en estos últimos años las blasfemias de Renán y Proudhón, blasfemias satánicas que las logias han difundido en todas lenguas. De allí salen cada día esos poderes de toda especie que se precipitan sobre Roma, que conmueven los cimientos del Papado, y que quisieran arrancar la corona de Jesucristo y su Vicario.

En el fondo, la doctrina de los francmasones constituye el materialismo.

XXIV

La prensa masónica

La Francmasonería despliega una actividad febril en su propaganda: si la paz en el cielo es el carácter distintivo de la verdad, la agitación en cambio caracteriza el error, y la Francmasonería se agita de un modo prodigioso. Sus medios de acción son variados y poderosos; y nos dirige por todos lados sus tiros. Vamos a demostrarlo, concretándonos a Francia.

La *prensa* es su primera arma. Ya hemos visto que indirectamente dirige la mayor parte de los periódicos. Tiene, además, publicaciones propias, más o menos perversas, según su mayor o menor franqueza. Ante todo citaremos *El Francmasón*, revista mensual, anodina, fundada en 1847, en vísperas de la Revolución de Febrero, y destinada a *iluminar* la mente y alegrar el corazón a todos los H. .^o proudhonianos. Se muestra *respetuosa* con la Religión, al menos en la forma: es el periódico ortodoxo y místico de la Francmasonería. Los francmasones

puros y del progreso la tildan, sin piedad, de «jesuita».

Sigue el *Periódico de los iniciados*, revista también mensual, publicada en dos cuadernos iguales, uno de los cuales se llama *El Renacimiento*. En éste no se pronuncia el nombre de francmasón ni de Francmasonería; es el «cuaderno de la propaganda; propaga la obra de la Francmasonería sin nombrarla, para evitar cualquier prevención (1).» ¡Oh buena fe! ¡Oh candor!

Tiene también *El Mundo Masónico*, que ya hemos citado varias veces, publicación mucho más avanzada, y por consiguiente mucho más franca, mucho más masónica. Hace la guerra a las dos revistas antedichas; las acusa de retrógradas y formalistas, y se declara rotundamente librepensadora, independiente, muy por encima de toda idea religiosa. Es el campo liberal, que quiere reformar la Francmasonería exterior y hasta llegar a la supresión oficial del nombre mismo de «Gran Arquitecto del universo». Este partido hace grandes progresos, aunque todavía no ha logrado que prevalezca su opinión. Aunque la mayor parte de los llamados masones-jesuitas miren únicamente esa fórmula tradicional como una mera formalidad, que deja a todos los H. . la más amplia libertad de ateísmo, sin embargo, los masones-liberales están empeñados en suprimirla, porque para ellos esa antigualla huele demasiado a Religión, y puede ofrecer peligros.

La Francmasonería reivindica también como suyos los periódicos abominables que hemos citado: *La Moral independiente*, *El Librepensamiento*, *La Libre Conciencia*, *La Solidaridad*; y puede contar

(1) Número de Enero de 1867.

entre sus producciones más puras, o al ménos entre sus más devotos auxiliares, un buen número de periódicos grandes y pequeños, como *Le Siècle*, *L'Opinion Nationale*, *L'Avenir National*, *Le Temps*, *La Liberté*, *Le Journal des Debats*. Sin embargo, estos periódicos no reconocen la necesidad de fechar sus números con el año 5867; ni usan, obrando discretamente, la jerigonza usada entre los H. y amigos, ni el famoso signo sacramental (..).

La *Revista de ambos Mundos* está igualmente al servicio de la Francmasonería y de su obra sacrílega. Casi todos sus redactores son racionalistas conocidos, o herejes.

Así, pues, en Francia la *prensa* es en gran parte masónica; es decir, que es anticatólica y anticristiana. ¡Qué peligro para la fe del pueblo!

XXV

Que la Francmasonería comienza a apoderarse de la infancia por medio de la instrucción y de la educación

Esta segunda arma es tal vez más peligrosa que la primera. La Francmasonería parecía tenerla un poco olvidada; pero apercibida de ello, proyectó lo que vamos a ver.

La Iglesia hace cristianos y echa los cimientos de su vida religiosa por medio del Bautismo, del Catecismo y de la primera Comunión. La Francmasonería, que es enemiga de la Iglesia, nada acepta de todo eso, o por mejor decir, quiere substituir esta base cristiana con otra masónica, absolutamente extraña al Cristianismo. Procura en primer lugar imprimir el sello masónico en los tiernos niños, para

lo cual tiene una ceremonia de adopción que se celebra «al resplandor de la Luz masónica», y dice al pobre niño a quien adopta: «Brille a tus ojos la Luz masónica como más tarde la haremos brillar en tu entendimiento (1).» A la manera que el niño bautizado se hace cristiano y miembro de la Iglesia, así también el niño *adoptado* se vuelve *lobezno* y miembro de la Francmasonería. Estos lobeznos, si son pobres, tienen derecho a ser socorridos por los Hermanos.

En un hospicio de Aviñón, una pobre mujer presentó a las Hermanas de la Caridad un niño de once meses, declarando a la Superiora que se encontraba de paso por la ciudad, y pidiéndole algunos remedios para su niño. La Religiosa, acariciándole, vió colgada a su cuello una medalla extraña, y preguntó a la madre: «¿Qué medalla es ésta?—Es la medalla de los francmasones», respondió ésta; y haciéndole la Hermana algunos cargos sobre esto, diciéndole que los francmasones estaban excomulgados, la infeliz contestó sin rodeos: «Si me presento con esta medalla al jefe de una logia, obtendré al punto un socorro en dinero para continuar mi viaje.»

Parece que en algunos arrabales de París el número de esos *lobeznos* es muy considerable entre los hijos de la clase obrera. ¡Pobres niños!

Pero es sobre todo por medio de las escuelas como la Francmasonería quiere hacerse dueña de los niños. «Es preciso preparar el mundo profano a recibir *nuestros principios*, decía *El Mundo Masónico* (Octubre de 1866). Considero la instrucción primaria como la piedra angular de nuestro edifi-

(1) El H.°. Ragón, *Ritual de adopción de los Lobeznos*.

cio... ¿Debe suprimirse del programa la instrucción religiosa?... El principio de autoridad sobrenatural (es decir, la fe), *que arranca al hombre su dignidad, es inútil para conservar la disciplina entre los niños* (¡qué carencia de sentido práctico!) y *susceptible de llevarlos al olvido de toda moral* (¡qué carencia de sentido moral!): *así, pues, debemos renunciar a ella*. Nosotros enseñaremos los derechos y los deberes en nombre de la libertad, de la conciencia, de la razón, y hasta en nombre del solidarismo. (¡Qué bien se muestra la jerga revolucionaria, hueca y sonora, y que con sus palabrotas no sabe lo que se dice!) La Francmasonería debe ser el molde de la sociedad moderna; debe formar hombres *libres*. (Ya conocemos esa libertad). Crear escuelas, sobre todo escuelas de adultos y orfelinatos, *es el mejor medio para vulgarizar la Francmasonería.*»

Estos descos, adoptados por un gran número de logias, han sido sancionados y realizados por un decreto del Gr.°. Or.°. de Francia (en Enero de 1867, o en lengua cristiana, de 1867). Según este decreto, «se ha decidido en Consejo, que el Gr.°. Or.°. se pondría al frente de una obra, cuyo objeto sería el ayudar y fomentar la instrucción primaria, otorgando cada año recompensas, bien a los maestros y maestras, bien a los alumnos; y el fundar escuelas primarias y clases de adultos, cuando las circunstancias lo permitieren.» Luego expone dicha circular la organización de la obra, que será dirigida por las logias, o por Comités nombrados por ellas; el modo de verificarse las subscripciones, y la necesidad de desplegar el mayor celo; decidiendo que las recompensas y libretas de las Cajas de

ahorros irán acompañadas de una medalla con la siguiente inscripción: *Gran Oriente de Francia.— Impulso a la instrucción primaria en nombre de los francmasones del Oriente de...*

Al año siguiente se decidió la fundación de cuarenta escuelas primarias masónicas en los veinte distritos de París; dos en cada distrito: una para niños, y otra para niñas.

Peligrosa es la propaganda de las escuelas protestantes, pero a mi juicio ésta lo será mucho más.

Como complemento, *El Mundo Masónico* nos anuncia «la redacción de un *catecismo de moral* para uso y al alcance de los niños; un catecismo que les enseñará a escuchar más bien su conciencia que la tradición (es decir, la Religión y la Iglesia); a ser virtuosos por principio (como si los cristianos no fueran virtuosos por principio), por convicción (como si la fe no fuese la más seria, la única seria de todas las convicciones), y en fin con desinterés (como si la esperanza del cielo y el temor del infierno nos impidiesen servir y amar a Dios con pureza)». En Junio de 1867 se concedió un premio de *quinientos francos* para este objeto.

En fin, en Noviembre de 1866 los francmasones de la Alsacia inauguraron una *liga de enseñanza* para Francia a ejemplo de la que funciona en Bélgica desde 1864. Esta liga tiene por principio fundamental «no servir los intereses particulares de *ninguna opinión religiosa*»; en otras palabras, suprimir absolutamente la fe en la enseñanza y en la educación. El H. Macé, promotor de esta liga impía, había recogido al cabo de un mes numerosas subscripciones, y *El Mundo Masónico* declaraba que *los franceses debían adherirse en masa a esta*

liga bienhechora, y que las logias debían «estudiar en la paz de sus Templos (*sic*) los medios más conducentes a hacerla eficaz».

En Francia se cuentan un millón seiscientos mil francmasones: ¡juzgad si es quimérico el peligro! ¡Ténganlo en cuenta, no solamente los pastores de almas, sino también los padres de familia que conserven en su corazón la menor chispa de fe!

XXVI

Que la Francmasonería extiende su acción hasta sobre las jóvenes

Antes de hablar de la Francmasonería femenil, detengámonos un momento en una nueva institución masónica, no menos peligrosa: *las escuelas profesionales* para jóvenes adultas.

Estas escuelas tienen por objeto desarrollar la instrucción primaria y preparar las jóvenes de la clase obrera acomodada, o las del pequeño comercio, para las diversas profesiones particulares en que puedan ganarse honradamente la subsistencia. Nada mejor en sí; nada más útil. Los francmasones, comprendiendo el papel importante de la mujer en el mundo, han abierto en París escuelas profesionales, que funcionan bajo la dirección de las logias, y están dirigidas por maestras de su confianza.

Nada tenemos que decir tocante al lado material de estos establecimientos: la inteligencia y la abnegación pueden por sí solas vencer grandes dificultades y obtener serios resultados. Pero lo que debemos señalar aquí, deplorándolo, es el principio

de ateísmo práctico, principio fundamental de la Francmasonería, que inspira la institución de estas escuelas; es un sistema positivo de indiferencia religiosa; es la exclusión de toda idea de Dios, tomada como base de la educación. En estas escuelas se prohíbe expresamente emitir idea alguna de Religión, ni aun vaga y general, y este punto no lo toman a chanza: hace poco tiempo fué inmediatamente despedida una maestra, a quien por descuido se le escapó de los labios el nombre de Dios. ¡Oh imponderable *tolerancia* de los librepensadores!

Estas escuelas son ante todo para las jóvenes una escuela de «moral independiente». Son un semillero de mujeres libres. *El Mundo Masónico* admira y ensalza esta educación. «En cuanto a su moral (decía en Septiembre de 1866) es tan judaica como protestante; es *la moral*, esa moral universal con que toda mujer y todo hombre vienen a este mundo»; pero que empañada desgraciadamente por el pecado original, de tal suerte necesita de Religión, que sin Religión no puede haber, ni hay moral posible. Y además, ¿qué es la moral, sino el cumplimiento del deber? Y para el hombre ¿no es *el primer deber* en la tierra el de conocer a su Dios, amarle y servirle? Esto es lo que realiza la Religión; y esto lo que rechaza la Francmasonería, cuya pretendida moral es por lo tanto esencialmente antimoral.

Pasan de *trescientas* las muchachas que concurren a las escuelas profesionales masónicas de París. «¿Qué hacen, pues, los departamentos? continúa el mismo periódico. ¡Cómo! Después del ejemplo que les da París, ¿no se encontrarán en las principales ciudades de Francia algunas mujeres de

carácter independiente y bastante *libres* para imitar tan hermoso sacrificio?»

Estas escuelas son tanto más peligrosas, en cuanto su carácter anticristiano es del todo negativo. ¡Qué esposas, qué madres de familia nos prepara esto !

XXVII

De la Francmasonería de Adopción, o Francmasonería de señoras

Hay *francmasonas*, así como francmasones ; y esto causa a primera vista cierta extrañeza, pues se trata ante todo de guardar secretos. Pero parece que los francmasones tienen confianza en «las mujeres que más estiman», y a las cuales adjudican el par de guantes que les entrega oficialmente el Venerable.

Esa Francmasonería femenina parece haber tenido principio a mediados del siglo XVIII. Luis Felipe-Igualdad, entonces duque de Orleans y Gran-Maestro de la Orden, ofreció su par de guantes a la señora de Genlis, y dió extraordinario impulso a la Francmasonería andrógina o hermafrodita (que significa hombre y mujer). La curiosidad, el atractivo de los placeres, y más aún el atractivo de lo desconocido, el espíritu de irreligión, y el mágico poder de la fruta prohibida, hicieron afluir en la Francmasonería todas las damas que rabiaban por ser *libres*; y desgraciadamente pudo contarse entre ellas algunos de los nombres más ilustres. Así lo indica una carta de la infortunada reina María Antonieta a su hermana la reina María Cristina, del 26 de Febrero de 1781. «Creo, decía en ella, que te

asusta demasiado la Francmasonería... Aquí todo el mundo pertenece a ella... Estos últimos días la princesa de Lamballe ha sido nombrada Gran-Maestra en una logia, y me ha contado las lindas cosas que le han dicho.» ¡Ah, pobres mujeres! Se les preparaba ya desde entonces el trato que destina la secta «a los príncipes, a los santurrones y a los nobles (1).»

En la Francmasonería femenina, como en la de hombres, tampoco se dejaban ver las cosas más que hasta ciertos límites, y la Autoridad engañada ninguna importancia daba a una sociedad que a los ojos del vulgo se dedicaba solamente a la beneficencia y a la diversión. Pero detrás de reuniones alegres ocultábanse infames misterios: no aparecía, como en la otra Francmasonería, el culto de la venganza, sino sólo el culto del deleite, tanto más peligroso, en cuanto estaba velado con ritos misteriosos, sazonado con el secreto y favorecido por el espíritu de irreligión, tan en boga en el siglo de Voltaire.

La logia de esas francmasonas ya no se llamaba logia, sino *Templo del Amor*. La puerta del mismo se llamaba (sin duda por antífrasis) la puerta de la *Virtud*. (Por la cual salía ésta, si es que no se había ido antes). El H. . . francmasón que introducía las postulantes se intitulaba el H. . . *Sentimiento* (como con todas sus letras consta en el Ritual), y la Hermana francmasona que introducía las postulantes se llamaba H. . . *Discreción*. El Gran-Maestro preguntaba a la postulante: «¿Qué edad tenéis?» La respuesta era no menos cándida, pero mucho más tierna que la del francmasón: «Tengo

(1) Véase el capítulo XVIII.

«siete años»; y la paloma aspirante añadía con un precioso arrullo: «Tengo la edad de agradar y de amar.» ¡Oh, qué ternura!

Los francmasones de este rito eran *Caballeros de la Rosa*, y las francmasonas *Ninfas de la Rosa*. Estos *Caballeros* y estas *Ninfas* iban siempre de dos en dos en todos los *trabajos* masónicos. El Templo estaba encantador y lleno de flores; las reuniones eran presididas por un Gran-Maestro y una Gran-Maestra. No había allí espadas desnudas, ni aros de papel, ni caverna, ni lúgubres mascaradas. Todo eran viajes sentimentales, juramentos prestados por la aspirante con la más fina galantería. Sentábase en el sitio del Gran-Maestro, y el badulaque se arrodillaba a sus pies. Pero lo más conmovedor era el viaje a la *Isla de la Felicidad*, con la que terminaba la iniciación: allí caía la venda que cubría los bellos ojos de la *Ninfa*, la cual se encontraba ante un altar (¡qué piedad!) y unas estatuas, o más bien ídolos de Venus y Cupido, y ofrecía *puro* incienso a estos dos patronos del Templo.

Seguramente la señora de Lamballe y las señoras bien educadas no veían en todas esas majaderías más que divertimientos y galanterías sin consecuencia alguna; pero para el mayor número esas reuniones distaban mucho de ser inocentes; y los hombres perversos que dirigían secretamente esa rama del árbol masónico, se servían de ellas para corromper a la vez las inteligencias y los corazones, para apartar más y más a las mujeres de la Religión, de la familia, del respeto a la Autoridad y a las tradiciones.

La Revolución francesa anegó en sangre a los *Caballeros* y a las *Ninfas de la Rosa*.

Bajo el Imperio, recobró su vuelo la Francmasonería femenina; casi todos los militares eran francmasones, y contribuyeron mucho a levantar y propagar por toda Europa una institución que tan admirablemente favorecía sus impías y depravadas inclinaciones. En 1830, nueva florescencia de francmasonas. La Francmasonería funda grandes esperanzas en el concurso de las mujeres. «¿Cuándo se querrá comprender, exclama con tono sentimental el H. . Ragón, que para restituir a la Orden su irresistible atractivo y su antiguo esplendor, a las *costumbres públicas su pureza (!!!)* y su *verdad purgada de toda hipocresía (!)*; a la educación doméstica, llena todavía de preocupaciones, su brillo humanitario, es necesario admitir en los trabajos masónicos aquellas mujeres que por sus virtudes (*¡ las virtudes de la mujer libre !*), honran su sexo y su patria? Su presencia hará *más interesantes* las sesiones; sus discursos (los *discursos* de la mujer libre) excitarán la emulación; los Talleres se *purificarán*, como la naturaleza se purifica en la primavera bajo los rayos vivificantes del nuevo sol (1).»

La Francmasonería mujeril tiene como la otra Aprendizices, Compañeras y Maestras, y tampoco faltan altos grados, como: *Maestras-Perfectas, Sublimes-Escocesas, Elegidas, Señoras de la Paloma, Señoras de la Alegría, Rosa-Cruces o Señoras de la Beneficencia, Princesa de la Corona o Soberanas-Masonas*. Desgraciadamente el *Anuario* del H. . Pinón guarda un discreto silencio sobre esta cándida rama de la Francmasonería.

Tiene también sus ritos y ceremonias especiales.

(1) El H. . Ragón: *Manual completo de la Francmasonería de Adopción*, págs. 140 y 141.

En el umbral de la «Puerta de la Virtud» está colocada la imagen de la señora de Genlis, llamada por la Francmasonería *La Madre de la Iglesia*! Esta casta madre fué canonizada, según dicen, por Felipe-Igualdad.

Es curiosa la advertencia, dura, sí, pero muy justa, que el Gran-Maestro, sentado con toda majestad al lado de la Gran-Maestra, dirige a las aspirantes, al comenzar las pruebas. «Le hace notar la *gran imprudencia* que ha cometido exponiéndose sola y sin apoyo *en medio de una sociedad cuya forma y costumbres ignora, y en la que puede correr peligro su pudor* (1).»

Las masonas van también ataviadas con el famoso mandil. Su contraseña *general* para reconocerse es muy sencilla: «La mano derecha sobre la izquierda, caídas sobre el mandil.» Si son Aprendices, «adelantando recíprocamente la mano derecha abierta, con los dedos unidos, y juntando las manos una sobre otra por las palmas»; si Compañeras, tomándose mutuamente la mano derecha, de modo que los dos pulgares se crucen, y el dedo del medio tendido sobre la muñeca»; si Maestras, «presentándose mutuamente el índice y el dedo medio de la mano derecha, poniendo los unos sobre los otros alargados, de manera que se toquen por la parte interior; apoyando luego sucesivamente el pulgar derecho en las coyunturas de dichos dos dedos cerca de la uña». Asimismo tienen otros signos que requieren dedos de bruja; por ejemplo: «Cogerse (¿mutuamente?) la oreja izquierda con el pulgar y el meñique de la mano derecha, cubriendo con el

(1) El H.°. Ragón: *Manual completo de la Francmasonería de Adopción*, págs. 25 y 26.

resto de la mano la mejilla» (hasta la otra oreja); «cogerse (¿siempre mutuamente?) la punta de la nariz con el pulgar y el índice derechos, cubriendo con el resto de la mano los *dos* ojos» (verdadera habilidad); «poner la mano izquierda sobre el rostro, el dedo meñique en la boca, el anular bajo la nariz, el medio y el índice en el ojo, y el pulgar en la oreja izquierda.» Las dos palabras que usan predilectamente las francmasonas como contraseña son *Eva* y *Babel*; sin duda por devoción a la fruta prohibida y por un legítimo horror a la confusión de lenguas. Debemos tan curiosos pormenores al grave H.°. Ragón, autor sagrado y oficial de los francmasones.

La Francmasonería de mujeres está más extendida de lo que se piensa, pues cuenta con muchos ritos u obediencias: el rito de *Cagliostro*, el de las *Damas escocesas de la colina del Monte Tabor*; la *Orden del Palladium* o *Consejo Soberano de la Sabiduría*; la *Orden de la Felicidad*; la de *Caballeros y Señoras del Ancora*; la de la *Perseverancia*, y otras.

Mil cosas, y muy curiosas, podrían contarse de la Francmasonería femenina; pero nos limitaremos a citar un solo ejemplo, de origen también oficial, como se expresa en el capítulo siguiente.

XXVIII

Un banquete de Hermanas-Masonas

Hemos visto ya que en esta Orden se come y se bebe mucho; y en esto no se diferencian las Damas de los Caballeros: el banquete sagrado, el banquete

fraternal, el libre banquete es uno de los *trabajos* más serios de la Francmasonería exterior. Según los estatutos que estas mujeres fuertes observan fielmente, «las Damas nunca se reúnen solas, sino que siempre las ayudan en sus *trabajos* los francma-sones». En el *trabajo* de la mesa, unos y otros ocupan puestos alternados, con lo cual la «sesión es mucho más interesante». He aquí lo que sobre esto dice el Ritual del H.°. Ragón :

En primer lugar, el banquete se llama *Logia de mesa*. «Hay cinco brindis obligatorios. (¡ Cuidado si estarán divertidas las Hermanas al salir de la función !) Primer brindis. La Gran-Maestra da un golpe ; cesa toda masticación (*sic*) ; cada cual se pone *en orden de mesa*, es decir que pone los cuatro dedos de la mano derecha juntos sobre la mesa, con el pulgar separado en el borde de la mesa y formando escuadra. La Gran-Maestra dice : «Queridas HH.°. *Inspectora* y *Depositaria*, haced alinear y guarnecer las *lámparas* para un brindis que el Gr.°. M.°. y yo os vamos a poponer.» Las lámparas de estas mujeres libres son los vasos, en los que beben la luz, la fuerza y la libertad. *Guarnecer la lámpara* significa llenar el vaso.

Ejecutada esta orden, la H.°. *Inspectora*, después de dar otro golpe, dice :

«—Gran-Maestra, las lámparas están alineadas y guarnecidas.

La G.°. M.°. da otro golpe, y dice :

«—¡ En pie y a la orden ! ¡ Puñal en mano !

Y todas cogen su cuchillo con la mano izquierda.

«—¡ Queridos Hermanos y muy queridas Hermanas : el brindis que tenemos el favor y el honor de proponeros es el de los reyes-masones : a la salud

de personas tan caras a nuestros corazones debemos juntarnos para *apagar nuestras lámparas* a su gloria!»

Después de este anuncio, la G.°. M.°. *manda el ejercicio*: «—¡Maño derecha a las lámparas!— ¡Arriba las lámparas!—¡Apagadlas de un tirón!» La masona se muestra aquí una mujer cada vez más fuerte: apaga su lámpara como un fósforo, y bebe como una cuba. (¡Qué dragones! Si hay *Ninfas de la Rosa*, también hay *Ninfas de la Lámpara*!)

Mas no ha terminado todavía el ejercicio, y la Gr.°. M.°. prosigue: «¡Avancen lámparas!» (es decir, según lo explica el H.°. Ragón, cinco veces sobre el corazón, y volverlas hacia adelante). — ¡Descansen lámparas! (esto debe efectuarse en cinco tiempos, añade el Ritual). En fin, se dice cinco veces *Eva* (1).

Tal es el primer brindis, el primer ejercicio de este belicoso festín. En el quinto ejercicio, a fuerza de apagar lámparas, no estarán muy firmes las pobres Hermanas, y hasta describirán algunas curvas al adelantar la lámpara por la vigésimocuarta o vigésimoquinta vez. Para volver a sus casas, les será menester cogerse del brazo fraternal de sus masónicos compadres.

XXIX

Si la Francmasonería femenina se limita a banquetes y diversiones

El puñal masónico, sacrílego e impío, está siempre oculto bajo las diversiones más o menos incon-

(1) *Manual completo de la Francmasonería de Adopción*, página 35.

venientes de la Francmasonería andrógina; y las sociedades secretas saben sacar excelente partido de esas mujeres necias que se afilian en los grados exteriores, impelidas por la incredulidad, el orgullo, la vanidad, el afán de placeres, y sobre todo la curiosidad. Como la de los hombres, la Francmasonería pública de mujeres no es más que un vivero en el que la Masonería secreta engorda sus truchas para pescarlas en ocasión oportuna, y ésta se presenta en la iniciación de la Maestra-Masona en el grado *secreto* de *Perfecta-Maestra*.

Ante todo se le exige el juramento terrible que la encadena a la secta para toda su vida. «Juro, dice, y prometo guardar fielmente en mi corazón *los secretos de los francmasones y de la Francmasonería. Me obligo a ello bajo la pena de ser cortada en pedazos por la espada del Angel exterminador.*»

El G. . M. . la proclama en seguida *Perfecta-Maestra*, y le dirige estas palabras: «Querida mía, ahora que os hemos iniciado en los simbólicos arcanos de la Francmasonería, ahora que la luz de la verdad ha brillado a vuestros ojos, se han disipado los errores, las supersticiones y las preocupaciones (es decir la fe y el temor de Dios) que pudierais conservar aún en vuestro cerebro. Una tarea ardua, pero sublime, *os ha sido impuesta para en lo sucesivo* (atención). *La primera de vuestras obligaciones será la de indisponer el pueblo contra los sacerdotes y los reyes. En el café, en el teatro, en las tertulias, en todas partes, trabajad con esta intención SACROSANTA.*

»Sólo me queda un secreto que confiaros, del cual os hablaré en voz baja.» Y le declara que el com-

plemento final de la sagrada misión de la Francmasonería «es el exterminio de toda Autoridad religiosa y monárquica.»

Hay, pues, en esta ridícula iniciación de las mujeres en la Francmasonería algo de muy serio, no solamente en relación a las costumbres, sino también en relación a la fe y al porvenir de la Iglesia. Los sectarios saben todo el partido que pueden sacar de las mujeres; saben que la mujer, una vez lanzada en el camino de la impiedad y de la venganza, es más feroz, más tenaz que el hombre, y va más lejos que él. ¿Qué extraño es, pues, que miren satisfechos afiliarse las mujeres en su Orden, y que declaren altamente que «el fundar logias de señoras sería dar un paso de gigante en el camino del progreso humanitario (1)?» Sabido es que su «progreso humanitario» es simplemente el anticristianismo.

XXX

Que la Iglesia ha anatematizado con plena justicia y sin restricción alguna a la Francmasonería entera

La Francmasonería se dice inocente, calumniada e injustamente condenada por la Iglesia; pero la conocemos bastante para apreciar esa pretendida inocencia e injusticia.

¿Cree la Francmasonería en la autoridad divina del Soberano Pontífice de la Iglesia católica? No. ¿Se somete al Papa en todo como Dios manda? No, mil veces no. ¿Cree en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo? No. ¿Cree en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tal cual es, tal cual se ha reve-

(1) *Mundo Masónico*, Octubre de 1866.

lado al mundo, tal como quiere ser adorado? No. Es, pues, ante todo, culpable de rebelión, impiedad, herejía y blasfemia; es anticatólica, anticristiana, atea, y por lo tanto digna de ser condenada; y cuando lo ha sido por la Santa Sede, ha sido justa y muy justamente condenada.

Desde otro punto de vista menos exclusivamente cristiano, la Francmasonería, así la oculta y que todos los hombres honrados reprueban, como la pública y exterior, cuyos reglamentos son conocidos y casi del dominio público, es una institución peligrosa, perversa, inmoral y contraria a las leyes más elementales de la justicia humana y del buen orden de las sociedades. Basta de ello una sola prueba: el juramento masónico y la pena de muerte que castiga su violación.

La Francmasonería no puede negarlo: al dar el primer paso en la iniciación, al entrar en las logias por medio del grado de Aprendiz, en el momento que cae de los ojos del postulante la venda que los cubría, ve todas las espadas dirigidas a su pecho, y oye a todos los HH. . . exclamar: «¡Dios castigue al traidor!» Y el Venerable añade, después de haberle tranquilizado: *Si algún día hicierais traición a la Francmasonería, ningún rincón de la tierra os ofrecería abrigo contra sus espadas vengadoras.* ¿Es esto verdad o no lo es?—¿Es o no cierto que para ser francmasón, para ser recibido en ese primer grado de Aprendiz, es preciso prestar el execrable juramento que hemos copiado textualmente del Ritual masónico (1)?

Es imposible negar estos dos hechos. Dígame, pues, cualquier hombre de bien, cualquier magistra-

(1) Véase el capítulo VII.

do: ¿qué es, qué significa una sociedad particular que separada de la sociedad civil amenaza de muerte, fría y oficialmente, a todos sus individuos que no permanezcan fieles a sus leyes? ¿Qué es una sociedad particular que se atreve a decir: «Si me sois infiel, *ningún rincón de la tierra os ofrecerá guarida contra mis armas vengadoras?*» ¿Qué otra cosa es esa amenaza, sino la del asesinato y homicidio? Pues bien, éste es un crimen que en todos los países civilizados cae bajo la justicia de la ley.

¿Qué significa, vuelvo a preguntar, toda esa inmundicia amalgama de innobles imprecaciones que acompañan, o más bien constituyen el juramento masónico? ¿Puede en conciencia un cristiano, un hombre de bien, un hombre honrado, entregarse en cuerpo y alma, bajo pena de muerte, a una sociedad cualquiera separada de la Santa Iglesia? La sociedad que impone a todos sus individuos sin excepción, y que recibe de ellos un juramento de esta especie; una sociedad particular que menospreciando toda ley divina y humana, se arroga derechos tan exorbitantes, y en particular el de vida y muerte sobre millones de hombres que la componen, es una sociedad profunda y esencialmente inmoral, y la espada de la Iglesia la hiere con justicia cada vez que la hiere.

Así, pues, condenable desde el doble punto de vista de la razón y de la fe, la Francmasonería ha sido justamente condenada por la Santa Sede, que en esta circunstancia, como en tantas otras, ha cumplido valerosamente la saludable misión que Dios le ha confiado. Encargada de enseñar a todos los pueblos, de proclamar y defender la verdad, de juz-

gar, desenmascarar, condenar y perseguir el error y el mal, la Santa Iglesia ha fulminado solemnemente sus anatemas contra la Francmasonería en todos sus grados y bajo todas sus formas. Ha *excomulgado*, es decir, arrojado de su seno, a todos los cristianos, *sean quienes fueran*, que han osado afiliarse en ella, a pesar de su formal prohibición.

Todo francmasón está, pues, excomulgado y justamente excomulgado: los simples Aprendices como los Grandes-Orientes y los Grandes-Maestros; los grandes personajes como los pequeños; los francmasones como las francmasonas; los afiliados en las logias exteriores como los adeptos de las traslogias.

XXXI

Condenaciones formales que los Papas han formulado contra la Francmasonería

Jesucristo dice en el Evangelio: «Al que no escuchare a la Iglesia, miradle como un pagano.»

Y por esto la Iglesia, por la voz de los Papas, ha condenado solemnemente y formalmente la Francmasonería.

Ya la condenó Clemente XII por una Bula de 27 de Abril de 1738. «Considerando, dice el Papa, los grandes males que estas sociedades clandestinas nos hacen temer, ya para la tranquilidad de los Estados, ya para la salvación de las almas; después de aconsejarnos con nuestros venerables Hermanos los Cardenales, por nuestro propio impulso y por la plenitud del poder apostólico, hemos decidido y decretado que las citadas sociedades,

asambleas o reuniones de *francmasones*, tomen el nombre que quieran, deben ser condenadas y proscritas, como las condenamos y proscribimos por la presente Constitución, cuyo efecto debe durar perpetuamente.

»A estos fines, añade, en virtud de la santa obediencia, prohibimos a todos los fieles cristianos y a cada uno de ellos en particular, de cualquier estado, dignidad o condición que sean, clérigos o seglares, seculares o regulares, que establezcan, propaguen o protejan la sociedad llamada de los francmasones, que la reciban en sus casas, se agreguen a ella, y asistan a sus reuniones, *bajo pena de excomunión, en la que incurrirán por el mero hecho, sin nueva declaración*, y reservada especialmente a Nos y a nuestros Sucesores, de manera que nadie pueda absolver de ella sin nuestra autorización, excepto en el artículo de la muerte.»

El Papa Benedicto XIV, por su Bula de 18 de Mayo de 1751 confirmó la Constitución de su predecesor en todas sus disposiciones. «A fin de que nadie pueda acusarnos, dice, de haber faltado a lo que la prudencia exige de Nos, hemos resuelto renovar la Constitución de nuestro Predecesor, copiándola literalmente en las presentes Letras; y así, obrando a ciencia cierta y en virtud de la plenitud del poder apostólico, la confirmamos, renovamos y queremos y decretamos que sea desde hoy puesta en vigor, como si fuera publicada por primera vez.»

La sociedad de los Carbonarios, que invadió toda la Europa y especialmente Italia, no era, como hemos visto, más que una ramificación de la Francmasonería. En su Bula del 13 de Septiembre de 1821, Pío VII expone los principales caracteres de ella;

demuestra su íntima conexión con la Orden masónica; indica todos los males que da lugar a temer para la Religión y para la sociedad cristiana; males que por desgracia hemos visto realizados en nuestros días. Por esta Constitución, el venerable Pontífice impone la misma pena de excomunión, especialmente reservada a la Santa Sede Apostólica, contra todos aquellos que se agregasen a ella, o la favoreciesen de cualquier manera.

En 1825, León XII, considerando las sociedades secretas en su conjunto, miraba con espanto todos los males que la Religión y el Estado tenían que temer de ellas; veía con profundo dolor que en ellas se predicaba la indiferencia religiosa; que en ellas se afiliaban hombres de toda religión y creencia, que se atribuían el derecho de vida y muerte sobre los que violaban los secretos de las logias y sobre los que se negaban a ejecutar las órdenes criminales que se les intimaba; veía con espanto el profundo desprecio que en ellas se profesaba a toda Autoridad. En consecuencia, por su Bula de 13 de Marzo de 1825, renovó de un modo expreso las Constituciones publicadas contra las sociedades secretas, y en particular contra los francmasones, por sus predecesores Clemente XII, Benedicto XIV y Pío VII, y como ellos prohibió a todos los fieles asociarse a ellas y formar parte de ellas en modo alguno, bajo pena de excomunión reservada especialmente a la Santa Sede, de manera que sólo el Papa puede absolver de ella, excepto en el artículo de la muerte.

En fin, en su alocución de 25 de Septiembre de 1865, Pío IX deploró, como sus Predecesores, todos los males causados a la Religión católica y a

la civilización cristiana por las sociedades secretas en general, y en particular por la de los francmasones. Renovó todas las disposiciones contenidas en las Constituciones apostólicas de Clemente XII, Benedicto XIV, Pío VII. y León XII, y especialmente la pena de excomunión que en la misma se fulmina contra todos los que en ella son afiliados o que las favorecen de cualquier modo que sea. Exhortó a los fieles que hubieran tenido la desgracia de agregarse a ellas, a que las abandonasen sin demora para asegurar su salvación, y al mismo tiempo encareció vivamente a los que habían tenido la dicha de mantenerse lejos de ellas, a no dejarse arrastrar hacia tan peligroso abismo.

La duda no es, pues, posible: todos los que se afilien en la Francmasonería incurrirán, por el mero hecho de la afiliación, en las penas decretadas contra ellos por Clemente XII en 1738; por Benedicto XIV en 1751, y por Pío VII en 1821; por León XII en 1825, por Pío IX en 1865. Están formalmente excomulgados; no tienen participación alguna en las oraciones de la Iglesia; no pueden asistir al santo sacrificio de la Misa ni a los demás Oficios públicos, ni recibir los Sacramentos. Si mueren en este estado, no tienen derecho a sepultura eclesiástica, porque la Iglesia no los cuenta ya en el número de sus hijos.

O católico, o francmasón: no hay término medio. «No es posible ser a un mismo tiempo francmasón y católico (1).»

XXXII

Qué debemos hacer en vista de la gran conspiración anticristiana

La Iglesia está tan sólidamente constituida, que le basta ser quien es ella para deshacer como el humo *todas* las tramas de *todos* sus enemigos. Seamos todos verdaderos cristianos, obremos como cumple a buenos católicos, y esto bastará.

En la unión estriba la fuerza, y así lo comprenden nuestros enemigos: su fuerza estriba en su unión, y su unión en su obediencia. Estemos, pues, más unidos que ellos, y para esto obedezcamos más que ellos. Toda la Iglesia católica se resume en dos palabras: OBEDIENCIA y AMOR. Obedezcamos amando; amemos obedeciendo.

En primer lugar, y ante todo, obedezcamos *en todo* al Jefe de la Santa Iglesia, a nuestro Santísimo Padre el Papa, Vicario de Jesucristo, Pastor y Doctor infalible de todos los cristianos.

Para estar seguros de que obedecemos al Papa, obedecemos a nuestro Obispo, a nuestro Párroco, a nuestro confesor. Obedeciéndoles, no obedecemos a hombres, sino al mismo Dios que por su medio nos enseña, nos conduce, nos perdona y nos guía por el camino recto. Cuanto es ciega, loca, absurda, culpable y sacrílega la obediencia masónica, tanto es racional, legítima, noble, santa y meritoria la obediencia católica. ¿Hay cosa más hermosa que obedecer a Dios?

A la obediencia unamos el amor, que es el alma de la unión. Amémonos unos a otros cristianamente, eficazmente: si somos ricos, amemos a los po-

(1) *El Mundo Masónico*, Mayo de 1866, pág. 6.

bres, que son nuestros hermanos, y amándolos y asistiéndolos, es a Jesucristo a quien amamos y asistimos en ellos. Amemos a los sacerdotes, y tengámosles toda clase de respetos; amemos a nuestro Obispo, que es el padre y pastor de nuestras almas; y más que a todos, amemos al Papa. Esta es la *verdadera fraternidad*, de la cual es un disfraz impío la *fraternidad masónica*; como su libertad e igualdad son el disfraz de la verdadera libertad cristiana y de la verdadera igualdad. Los hombres no son realmente iguales sino delante de Dios; no son verdaderamente libres sino haciéndose hijos de Dios.

La Francmasonería nos ataca por medio de la *prensa*; vivamos, pues, prevenidos; no leamos malos periódicos, y echemos lejos de nosotros cualquier libro prohibido por la Iglesia. Instruyámonos a fondo en las verdades de la fe; propaguemos los libros católicos. Un buen libro es un pequeño misionero, que muchas veces conviene al que lo lee.

La Francmasonería quiere arrebatar nos las almas de nuestros hijos: procuremos una enérgica reacción, y del mal hagamos surgir el bien. Redoblemos nuestro celo en salvar y santificar a los niños, en instruirlos, en preparar a la Iglesia soldados animosos. Padres y madres, no olvidéis que tenéis cura de almas, y que una educación que no sea profundamente cristiana, constituirá, hoy más que nunca, un inmenso peligro para vuestros hijos.

Reanimemos, en fin, al rededor nuestro el espíritu de familia, que las sectas masónicas quieren substituir con no sé qué quimera patriótica, buena solamente para exaltar la imaginación y trastornar la cabeza. Convenzámonos de que el mejor remedio

contra el veneno masónico es el ser verdaderos cristianos, substituyendo al orgullo la humildad, la obediencia y la fe ; amando verdaderamente a Jesucristo con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas.

Si no hacemos esto, hemos de temerlo todo : sí, todo, en este como en el otro mundo. Si, por el contrario, permanecemos fieles a Dios y a su Iglesia, nada temamos, nuestro es el porvenir.

Una de dos : o la lucha que se prepara es la lucha suprema de la Iglesia, o no lo es. En el primer caso, la Iglesia como está predicho, sucumbirá momentáneamente, como Jesucristo en el Calvario, y nosotros sucumbiremos con ella ; pero como en el Calvario, Satanás quedará vencido, y toda su tropa irá con él a arder en los infiernos, los francmasones como los demás ; nosotros, al contrario, resucitando para siempre gloriosos, iremos al cielo para reinar allí eternamente con Jesucristo. En el segundo caso hemos de mirar la lucha con una confianza más alegre todavía, porque el enemigo que nos cierra el camino podrá conseguir algunos triunfos parciales ; pero la tempestad será pasajera como tantas otras, y aun en este mundo gozaremos con la Santa Iglesia de victoria y paz.

En ambos casos, nuestros deberes son los mismos : unión, obediencia, fe viva, caridad fraternal, celo por la salvación de las almas y por la santa causa de la Iglesia.

¡ Peleemos todos el buen combate, bajo la gloriosa bandera de la Virgen Inmaculada y del príncipe de los Apóstoles San Pedro !

A. M. D. G.



ÍNDICE

	PÁGS.
Introducción	3
Del nombre de francmasón	5
Que hay dos clases de francmasones	7
Secreto del reclutamiento habitual de la Francmasonería	9
Ceremonial para la admisión en la Francmasonería	12
Primera y terrible prueba del Aprendiz-Masón	16
Los tres viajes: segunda prueba del Aprendiz-Masón	18
Últimas pruebas	20
El juramento	22
Del grado de Compañero	25
Del grado de Maestro-Masón	26
De los altos grados de la Francmasonería	33
Del alto grado de Juez-Filósofo-Gran-Comendador-Desconocido	35
Del alto grado de Caballero-Kadosch	37
Del alto grado de Rosa-Cruz	39
De la verdadera Francmasonería	42
Horribles excesos a que se entregan los francmasones de las traslogias	46
Lo que los Hermanos de las traslogias piensan, dicen y se proponen hacer de sus queridos Hermanos externos	49
Como los francmasones de las traslogias explotan a los príncipes y nobles que entran en la Francmasonería	50
Organización pública de la Francmasonería exterior	55
Si la Francmasonería ama a los pobres, como pretende	58
Que la Francmasonería es un poder temible	60
La Francmasonería, por más que diga, es esencialmente impía, anticristiana y atea	62

	PÁG.
Como la Francmasonería se consuela de sus penas rindiendo culto al sol	
La prensa masónica	
Que la Francmasonería comienza a apoderarse de la infancia por medio de la instrucción y de la educación . . .	7
Que la Francmasonería extiende su acción hasta sobre las jóvenes.	74
De la Francmasonería de Adopción, o Francmasonería de señoras	7
Un banquete de Hermanas-Masonas	8
Si la Francmasonería femenina se limita a banquetes y diversiones	8
Que la Iglesia ha anatematizado con plena justicia y sin restricción alguna a la Francmasonería entera	8
Condenaciones formales que los Papas han formulado contra la Francmasonería	88
Qué debemos hacer en vista de la gran conspiración anticristiana	95